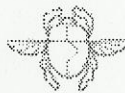
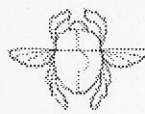
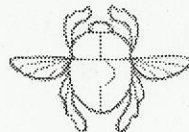
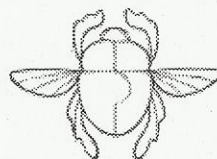
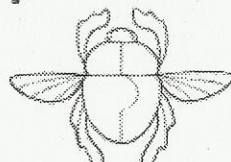


Oswaldo Reynoso

El escarabajo y el hombre

Novela



casatomada

EDITORIAL CASATOMADA

Serie: Clásicos Peruanos Contemporáneos

El escarabajo y el hombre / Novela

Primera edición, 1970

Segunda edición, 2001

Tercera edición, 2009

© Oswaldo Reynoso, 2009

© De esta edición, 2009:

Serie Clásicos Peruanos Contemporáneos

Editorial Casatomada S.A.C.

Av. Mariátegui 1600 – Of. 803 Lima 11, Perú

www.rcasatomada.blogspot.com

✉ ecasatomada@gmail.com

☎ (511) 261 – 7050 / 991 951 159 / 988 939 974

DIRECCIÓN EDITORIAL

Gabriel Rimachi Sialer

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Daniel Rimachi Sialer

FOTOGRAFÍA

Archivo fotográfico Editorial Casatomada

IMPRESIÓN:

Editorial Casatomada S.A.C.

ISBN: 978—612—452278—9

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N° — 2009—14446

Hecho en el Perú para los lectores del mundo.

*¿Por qué tiembla la honradez y, como un asesino,
busca refugio contra los reproches de su inmortal condición?
¿Es preciso que el hombre generoso tiemble y abandone
su alegría al ocioso, a la pestilencia
que se burla de él? ¿Quién ordenó esto? ¿Qué Dios?
¿Qué Ángel?
¿Para qué apartar de toda experiencia a los hombres
generosos hasta que los que no lo son satisfagan
sin restricciones las energías de la naturaleza?
¿Por qué la piedad se ha convertido en un comercio,
la generosidad en una, ciencia
mediante la cual los hombres se enriquecen
y los arenosos desiertos son abandonados a los fuertes?
¿Qué Dios es este que promulgó leyes de paz y se viste
de tempestades?
¿Qué Ángel de piedad está sediento de lágrimas y se refresca
[con suspiros?
¿Qué rampante bellaco predica la abstinencia y se envuelve
con grasa de cordero?
¡Ya no quiero seguir, ya no quiero
obedecer!*

WILLIAM BLAKE

Mire, Profe, no es que yo me las quiera dar de sabido: la verdad es otra, y si yo le digo es porque sé, ¿o no?, pero a veces las cosas son así, y qué se le hace, usted me conoce: cuarto y quinto de media mi profesor en la Unidad Escolar y ahora mi amigo, usted ya sabe que estoy en Primero de Letras en la Universidad Villarreal, salud, y ya me ve: un muchacho cualquiera de barrio, a mí no me gusta sobrarme, es feo, Profe, y sino hasta los más patas de uno: que te haces el trome, que a quién vas a arrochar, que fuera fuera, con tu huevada de libros, y le digo, no es por nada, soy tranquilo, pero cuando me amargo, ahí sí, por mi madre, me desconozco, usted todavía no me ha visto: me deschucho hasta con el más pintadito, eso sí: soy bueno, bueno, para la bronca, y disculpe que le hable con groserías, pero todo lo que le voy a contar no se puede de otra forma, tome pues, le decía que yo vivo en un barrio muy jodido: pobres y ricos amontonados: ¿cómo quisiera llevarlo para que conozca?, fijese: al lado de una gran residencia con jardín que parece plaza pública usted puede encontrar una casita o una quinta o un callejón, no es como los barrios pobres de Lima: ahí todos están fregados, y qué chucha: se tira para

adelante, pero en mi barrio, si uno es pobre, como yo, la tragedia griega en cuatro tomos, todo el santo día tendrá que estar viendo cómo se alimentan, cómo se visten, cómo se jaranean los bacanes con molido, y uno en su callejón comiéndose la mierda, pero, en las noches, en las esquinas, en el billar, en las cantinas, todos los muchachos, ricos, mediopelo y pobres nos juntamos para huevear y joder: ¿democracia?, ¿amistad?, no: se ve que usted no conoce ese ambiente: nadie tiene bandera, con decirle que en problemas jodidos cada quien jala para su lado, claro que hay sus excepciones, espere nomás que le hable de lo que nos pasó la noche de ese sábado, y saque su cuenta: en la esquina de mi callejón tengo mi collera, ¿collera como collera?, no tanto: conocidos, ¿me entiende?, se me pasó la mano; Caimán; conocidos para el plan puteril y chichero; límpiame la espuma de la mesa; ¿chichero?, chicha pues: plan de trago, de hierba si hay, de cachito, de radiola, de bronca por las puras huevas, y a morir a La Rica empiernado con meca, La Rica, La Rica Playa, pues: usted Profe, si que está en la calle: Agua Dulce; oiga: esa cumbia que han puesto en la radiola es bien chichera, a uno le despierta ganas de bailar con marcea, pero no sé qué de triste tiene que hace pensar en la gila y uno sufrido que se va en plan de llore, Oswaldo dice que es el ritmo, tal vez, le contaba que la noche de ese sábado salí de mi callejón como a eso de las nueve: Pisquito en la esquina fumaba y fumaba intranquilo como si una pulga mañosa le picara el cuerpo: ¿qué hay, Zambo?; y yo: ahí tranquilo; y él: ¿sale o no sale chicha?; y yo: sábado, compadre:

y Pisquito abrazándome: ¿cómo te gusta?; y yo dándole suaves golpes en el estómago: ¿qué hablas tú?, y él: hay que gozarla; y yo: ¿ya exprimiste a tu punto?; y Pisquito: ¿estás cojudo?, serio, levantando la cabeza y entrecerrando los ojos: no atraco con mostaza, compadre, mecas, y soltando una carcajada: putas.

Seguramente, ustedes, alguna vez, se han encontrado, a mediodía, caminando al borde de una carretera, y habrán sentido el sol, culebra furiosa sobre el asfalto; avispón elástico, saltando sobre autos y camiones raudos; moscardón alfiletero, entre la ropa; malagua ardiente dentro de uno mismo, y grillo seco en la lengua; y si el Uno va con el Otro, sabiendo que cada paso los aleja más del pueblo de partida y que la meta, cada vez, se hace más distante, comprenderán que ya no tienen nada que decirse: y el Uno mirará el cielo duro de calor y las cumbres humeantes de los cerros, y el Otro contemplará piedrecitas como insectos, y entonces, el Uno, pájaro, y el Otro, serpiente, encontrarán fuera de ellos, el germen caliente que interiormente los vivifica y al mismo tiempo los destruye; y ustedes sabrán cómo el aroma violeta de la hierba y nocturno de gasolina nos arrastra por un subterráneo a la infancia y entenderemos que la piedad es una paloma que irremediabilmente se pudre en nosotros mismos.

No sé si me entiende, Profe, esa cumbia me revuelve fuego la sangre, y no crea: ¿alegría?, nada; pena, ¿de qué?: las gilas que se tuvo: o se fueron con otro o se hicieron pamperas, y hay ganas de sacarse la mierda uno mismo y perderse para siempre y que el plan de chicha no termine, pero voluntad, Profe, y uno sólito se quita, ahí me tiene: derecho, pensando en mi futuro; a lo mejor lo estoy aburriendo, si quiere le juego un cachito, como guste, entonces sigo: y le contaba que la noche de ese sábado me encontré en la esquina de mi callejón con Pisquito, al rato, llegó el Selvático: chichita, frotándose las manos, a morir a La Rica, y sacó la lengua; él y Pisquito hace mucho dejaron el colegio: tercero de media, y esto, ¿trabajan?: ni pensarlo, ¿de qué viven?: en su casa: comida y cama; ¿y para trago, cine, billar, cigarros?: putas o de vez en cuando un negocio de esos en donde uno tiene que correr por si los tombos aparecen, y le digo: ya pasan los veinte años, y sus viejos: ni pobres ni ricos, trabaja que trabaja, ¿y ellos?: ni mierda, viven, ¿qué crearán, Profe?: la juventud se gasta facilito, ¿y después, de dónde esto?, si no saben ganarse la vida en nada, y no siempre les va a durar, y hablo así de ellos,

no porque me las quiera dar de santito y cojudo, usted ya me conoce: antes, le juro, yo era peor que ellos, pero uno se pone a pensar, ¿me comprende?, claro que a veces me tiro mi buen plan de chicha: bien difícil es dejar de la noche a la mañana la costumbre, salud, y si usted los viera cuando se emborrachan sin mecás, amaneciendo ya: tristes y abrazados lloran con esas baladas nuevaoleras, se compadecen de sus padres, recuerdan el colegio y todos los intentos que hicieron por trabajar y salen furiosos de las cantinas a pegar al primer cholo que encuentran y a robarle pan y leche; casi todos los días duermen hasta las seis de la tarde, y las pocas veces que se les ve de día vagando por el barrio: sonámbulos, Profe, miedosos, manos en los bolsillos, cigarro en boca, arrimados a postes y paredes, ojerosos, pálidos, no hablan; pero la noche los despierta, les da fuerzas, los vuelvè intranquilos, habladores, de la esquina al billar, del billar a la cantina, de la cantina a la esquina, y ahí me los tiene vivitos y coleando, tasando los rocas que pasan: o un pata que los jale o un cabro con molido o pamperas bien de adentro para hacerse su noche chichera, ¿y que sus viejos no les dicen nada?: hace tiempo que ya les ganaron la moral, ¿puedo pedir un sángruche, Profe?, gracias; Caimán; y luego apareció Miquey: estaba sin roca, su teclado se lo había quitado por un desarreglo que hizo la semana pasada; Miquey es hijo de millonario, ha pasado por un chuchonal de colegios para ricos y de todos me lo han expulsado por dárseles de sabidito, con decirle que una vez embarró con mierda la pizarra, que otra vez en Chaclacayo metió al internado a dos putas y perforó

a un chiquillo de primaria, y su padre hasta las huevas: que mi hijito es muy inteligente y bueno y yo no sé por qué los profesores siempre se la tienen que agarrar con él, que mejor lo envió a los Estados Unidos, allá sí que hay educadores de verdad y no cholitos creídos, y su Miquey apenas si llegó a cuarto de media, y en los bailes de gente gaga queriendo tirarse a cuanta muchacha se le presentara, y le hicieron hielo, y sus antiguos compañeros de colegio le dieron forata por loco y Miquey entonces se hizo collera de los patas de la esquina y ahí sí que tira su jamón con el auto y con la plata que le saca a su viejo, y sus lambiscones que le celebran cualquier huevada que hace, pero conmigo no atraca, cuando me ve de día apenas si me pasa la voz, pero en las noches: este Zambo es amigo de los buenos, y yo nada cojudo; yarayara, compadre; y el Tigre se acercó con una botella de ron, por espeso casi siempre nos quitamos de él, pero ese sábado trajo sus alcoholes y fuimos sus pateros, y el Tigre: que me la regaló mi gran pata Fredy; calientes lo miramos de reajo, desde arriba, y el Tigre provocándonos: ¿cómo, no son amigos de Fredy?, y aguantándonos la rabia lo dejamos hablar: Fredy el que canta en el Canal Cinco; y Pisquito estallando: si eres panero, callacalla, cagado de mierda; y el Tigre dale que dale con su sobradera: que me la trajo de su gira por Venezuela, Disco de Oro en el Festival de la Canción Latinoamericana, si salió en todos los periódicos; y el Selvático: será tu cabro; y el Tigre: si es más hombre que tú; y nosotros por no amargarnos más la vida, sordos, y el Selvático que le arrancha la botella, la abre

y toma a pico, y Miquey: ¡qué buen mustan, cuñaol!; y Pisquito alargando el pescuezo hasta casi la mitad de la calle: ¡bestial!; y nosotros bajando la vereda, y desesperado por ver el auto que se pierde veloz en la neblina: con esa caña en mis manos para qué te cuento; por mi madre que yo con ese roca, chispas al aire; y Pisquito: y esa noche que tuve ford de carrera, tú eres testigo, señalándolo al Selvático, cuenta; y el Selvático: este es un loco de mierda, toma la botella; y Pisquito, triste, mirando la neblina: dentro de poco tiempo tengo mi roca; ¡mío!; recibe la botella y cerrando los ojos se toma un trago; y Miquey: ¿de dónde si no tienes ni para cigarros; y Pisquito caliente, abriendo los ojos y moviendo la cabeza: ya verán; y el Selvático: este por un auto es capaz de; y yo que lo interrumpo: no lo jodas; y Pisquito vuelve a empinar la botella; Caimán, un sánguche con bastante salsa; ¡qué tal sed la de esa noche!: en una sola rueda ni una gota dejaron, y el Tigre por hacerse más collerón: tengo otra en mi casa; y el Selvático: ¿qué esperas?; y el Tigre caminando rápido a su casa: no se van a ir, y volteando la cabeza, no me van a hacer pato; tome pues, profe, así, que la cerveza no hace daño; y pasó Pucho en el roca de su viejo, y Pisquito saliendo a media calle, riéndose, levantando los brazos, era un carnaval: PUCHOOO; y el auto que se pierde en la esquina, y Pisquito que se derrumba al poste, semana santa, porque viera, Profe, sábado chichero y sin movilidad: ¡la cagada!, dice Pisquito; pero a los pocos minutos el carro de Pucho frena junto a nosotros: ¿dónde es la chicha?, sacando atolondrado su cabeza de pelo rubio por la

ventanilla; y Miquey: suicidio alcohólico donde quieras; y Pucho: suban; y atrepellándonos nos metimos en el auto, y sale disparado atronador con todo el escape libre y que los vecinos se amarguen si es su gusto y la neblina que empaña el parabrisas y el asfalto veloz enloquecido y las luces de otros carros y los avisos luminosos fuegos artificiales y el ron que nos quema el pecho y la respiración que sube ardiente acelerada del estómago a la boca y tambores y guitarras que resuenan cosquillas dentro de uno mismo y la avenida y que no termine nunca y que siga dando vueltas caracol a la tierra y usted no se imagina, Profe, lo que se siente: uno se olvida de todo y hasta algunos patas dicen que es mejor, rico, que hembra y se tienen unas ganas jodidas de sacar la mierda a cualquierita que se atreva a impedir la carrera así veloz trome del auto, y Pucho que bocina y bocina y Pisquito que grita con la cabeza fuera contra el viento, y yo mismito también, loco, que le echo carbón a Pucho: acelerador a fondo; ¿qué a dónde vamos?: Profe, por favor, no se haga: a ninguna parte: velocidad, Profe, velocidad; y un ford rojo: que pásalo por la derecha, y el ford delante de nosotros; que por la izquierda, y el ford delante de nosotros, y en una de esas Pucho que es caña de los buenos: delantera, y el ford atrás, casi pegadito, fregándonos. Pucho que hace culetear su roca y los dos giles del ford calientes, los hubiera visto, y por no llevarnos de encuentro a un ciclista el ford de mierda se nos apareja y el gil lentejudo agitando así las manos separadas como quien dice pinga para ti y el Selvático: tu madre; y el huevón de lentes que lanza un escupitajo y los dos

carros que ya están que chocan y el Selvático: conchetumadre, limpiándose la cara; la tuya, grita el huevastriste del ford que nos saca delantera y cruza una avenida de dos pistas y tuerce a la izquierda y Pucho afuera y un poste, Profe, aquí, ya en mi cabeza, Pucho mago de la caña, el carro salta como caballo y nuevamente detrás del ford: a nosotros todavía: no lo pierdas; agitados: con ese me deschucho, Miquey comiéndose las uñas, y el ford que frena y voltea para tomar la otra pista: la hueva, rocas en fila, hormigas: se detiene; y Pucho frena violento y nos bajamos corriendo, tromes: todo el tránsito detenido: bocinas y bocinas y los dos giles asustados como ratas: ¿para qué se las dieron de vivitos?, con las ventanillas subidas y seguro en las puertas, y patadas a su carro, escupitajos en el parabrisas y el Selvático buscando piedras en los jardines para dejarles ciego el roca y gramputeadas y bájate si eres hombre conchetumadre y Pucho con el motor encendido: ¡LA PARCA!; volvemos y patas arriba nos metemos en el roca y a perderse se ha dicho por cualquier calle oscura y carcajadas y Pisquito gozándola: a La Sevillana; y el Selvático saca la punta de la lengua, se frota el labio superior, la esconde y grita: ¡CHICHITA!

Caminan al borde la pista. Medio día.
 El Uno: Este sol me golpea.
 El Otro: A mí me aplasta y me agrada.
 —Ya llegaremos.
 —Me ahoga.
 —Nos esperan.
 —Descansemos.
 —No hay tiempo.
 —¿Para qué?
 —Tenemos que llegar antes de la noche.
 —Me da igual.
 —Si nos detenemos será para siempre.
 —Mejor.
 —Hay que caminar.
 —Al final: llegar o quedarnos aquí es lo mismo.
 —Tal vez, pero habremos avanzado.
 —Si es dar vueltas y vueltas para quedar en el punto de partida.
 —Habrá acción.
 —Tengo hambre.
 —Seremos útiles.
 —Los ojos se me cierran de sueño.
 —Eso no importa si se llega.

—Llegar, acción, ser útil: palabras y palabras.
—Sí, palabras que pueden cambiarlo todo.
—Que tus palabras me alimenten, me quiten el sueño y cambien mi vida.
—Es posible.
—No con palabras.
—Hay que creer.
—Ya es tarde.
—Todavía.
—Este calor y el asfalto y los autos que van y vienen me desesperan, pero me hacen vivir, siento que mi sangre como millones de hormigas camina por mis venas.
—Cuidado, no lo vas a pisar.
—¿A quién?
—Ahí.
—No veo nada.
—Un escarabajo.
—¿Eso negro que se arrastra?
—Sí, es un escarabajo.
—¿Y esa bolita que empuja?
—Porquería.
—¿Y para qué la empuja?
—Su comida o tal vez ha puesto un huevo en el centro.
—¿A dónde la lleva?
—Si es su comida, más allá debe haber escarabajos esperándolo.
—Gran banquete.
—Si ha puesto un huevo, la empuja hasta que nazca otro escarabajo.

—¿De la mierda nacen?
—Claro, sin embargo vienen al mundo limpios.
—Mira cómo la sube por la cuesta.
• —No la dejará caer.
(El escarabajo empuja la bolita de excremento con sus largas patas posteriores mientras las anteriores se afirman contra el suelo.)

Cuántas veces hemos pisado escarabajos o hemos sido desvelados por su impertinente vuelo sin gracia y coléricos los hemos triturado contra la pared, cuántas veces los escarabajos han sido nuestras víctimas sin saber que esos extraños insectos —que en su lucha por sobrevivir han transformado sus alas en cubiertas duras, resistentes e impermeables que les permiten excavar, penetrar en grietas y hendiduras y soportar golpes sin resentir su capacidad voladora; que también las pueden plegar y formar intrincados y hermosos dibujos de vivos colores a menudo metálicos e iridiscentes que los convierten en peligrosos rivales de los más brillantes pájaros y mariposas, y que sus curiosas costumbres (vivir en tierra, agua y aire, ser luminosos en la noche, alimentarse con carroña, expeler un líquido que corroe la piel del ser humano, ser atraídos por la luz) los ha elevado, en algunos pueblos, a la divinidad, así por ejemplo, los antiguos egipcios vieron en el escarabajo pelotero al dios Ra, porque creyeron que las bolas de excremento que hacen rodar por el suelo era el signo de las revoluciones del mundo y de la luna, y la súbita aparición de la larva era el símbolo de la vida nueva,

de un ser engendrado por sí mismo— esos insectos nos destruyen con su despiadada belleza y nos aniquilan con su pernicioso manera de vivir.

Caimán, te pedí un ságuiche bien servido, y mira lo que me has traído: una telita de carne, ya no lo quiero; ¿Profe, me invita un seco con frejoles?: gracias; un seco con frejoles, pero como para tu primo, rápido; Profe, tengo un hambre que para qué le cuento, salto largo desde el desayuno, franco: arranquitis en mi casa que ya da miedo, y yo asado de sentarme a la mesa sin llevar ni medio: en ninguna parte se encuentra chamba, y mi viejo que sale todos los días tempranito, y nelson de trabajo, y mi tecla que lava y lava, plancha y plancha ropa ajena, si usted supiera, y la plata vuela que da gusto: ni para leche, ¿qué pida mejor un lomo?: más luego para cuando los alcoholes muerdan las tripas, ahí sí ya no me hago de rogar: su buen lomo a la milanesa con dos huevos, su papa frita, su arrocito y encima su ensalada mixta, pero tome pues y sigo con mi cuento: la noche de ese sábado, le decía, llegamos a La Sevillana: amigos, ful, y cachito y cerveza como aburrido: y, ¿qué tal?; hay pampa y de la buena; la Astril te estuvo buscando; ¿anoche hasta qué hora?; si a las seis de la mañana pasé por el jato y ¿tú?; ¿estás en roca?; no te vayas, me pasas la voz y ya sabes; ¿y el negocio?; si estuve en punto a las seis;/ y seguimos

entrando por entre las mesas/; ¿no te dices nada?; tengo dos llantas; este conchesumadre, ¡más borracho!; y nuevitas, cuñao; ¿cierto?; en roca por tu casa, ¿cuándo te he mentido?; y así hasta la mesa del fondo; Pisquito le habla al oído al mozo; cuatro heladitas y un cacho, grita el Selvático, y el mozo moviendo de un lado al otro la cabeza le contesta a Pisquito, y Pucho que saluda a un gringo, y yo: ¿con esa mierda te juntas?; y Pucho: ¿qué tienes con él?, si es buena gente; y Pisquito ya sentado está que luquea y luquea intranquilo la puerta; dos bacanes conocidos del búling se acercan a nuestra mesa: ¿lo vieron a Ringo?; no; ¡carajo!, pitos con urgencia y el huevón que no aparece; debe estar con el Duque; si está con él, ya organizó su noche y la cagada; se van amargos; entra una collera de Enrique Palacios: bulliciosos arrastran sillas y golpean una mesa; Miquey con la mano extendida entre su boca y la oreja de Pisquito le habla rápido y bajo y yo de puro sapo afilo mi oído:... llames... teléfono; el mozo trae cerveza, vasos y cubiletes, y Pisquito levantando la cabeza y entrecerrando los ojos: que me busque, tapa el cacho con la mano, martillea duro la mesa, y Miquey: ¡huevas!, si quiere amistar; Pisquito sube y baja los hombros, sus dedos se deslizan ágiles por el cuero del cubilete: que se vaya a la mierda, y lo arrastra hasta el filo del tablero, y el Selvático: ¡templado!; Pisquito levanta el cacho y lo agita brujo en el aire sin que se le caiga ningún dado: me jode mucho, y furioso lanza los cubiletes sobre la mesa: ¡cinco asesinos: calatitos!; y La Sevillana, la noche de ese sábado, le digo, Profe, ardía de

chicheros: todos calentando motores con cerveza para morir en La Rica y luego en Las Margaritas o dentro de autos a toda velocidad o en la playa o en jatos de pamperas su polvito mañanero y las marocas alharaquientas con tanta yerba, pastillas y chisguete que se le derriten como azúcar y que el telefonito y que piernas al hombro y que como perritos y que esto y lo otro, ¿que qué es chisguete?: como los de carnavales y sólo se venden con receta en la farmacia, se echa en el pañuelo y rápido a la nariz y a respirar hondo y un desmayo rico y cosquillitas y luego metralleta dentro de uno mismo y colores: es como darse una vueltita sabrosa en silla voladora, es difícil, Profe, explicar todo lo que se siente, pero eso sí: arrechura, y de la buena, para qué le cuento, ¿y sabe una cosa?; le dura como dos días y hembra que se ve, chueca, bonita, enana, mamacita, lo deja enfermo a uno, pero mirándolo, pero bien, ese plan chichero y puteril está bueno de vez en cuando, y no tomarlo como costumbre, usted mismo diga: ¿y el resultado de tanto desarreglo?: se le queman los plomos, y ahí murió el payaso: ¿arrepentimientos?: tarde, cuñao, ¿acaso no te lo advertí?, ¿y tú?: ni mierda, y carcajeándote: primo, hay que gozarla; y de tanto dártela de cafioca esquinerito, ¿qué?, ahora ya lo estás viendo: enfermo de la chaqueta, y quién chucha, dime, se acuerda de ti, así es, Profe, amigos para trago, putas y jajajá: un chuchonal; pero para hospital o cana: la hueva, los dedos de una mano sobran para contar a los carretas de verdad; oiga oiga la letra de esa canción de la radiola: «mi tristeza es mía nada más que nadie me hable de amor»: ¡bestial!, y me

recuerda a mi gila, claro que ya corté con ella, pero cuando me drogo me da por recordarla, seco y sin respirar este vaso, Profe, por ella, por Marina, una vez le conté a Oswaldo, ya después le hablo de ese amigo, lo que me pasó con Marina y quedó en escribir una novela y luego ir mita a mita con los chibilines que se sacara con la venta del libro, Marina, mi vecina, una morocha de esas, de esas ricotonas que lo miran de una manerita, usted ya sabe, y uno en el paraíso, desde chicocos ya estábamos chupete y chupete debajo de la cama, detrás de las puertas, dentro de roperos, y que yo te enseñe mi meón y que tú también, y ya más grandecitos a jugar a marido y mujer y apenas si le rozo con mi maní, y ya pasando los quince uno siente vergüenza y el amor que da tembladera cuando se está con ella y la cara roja y tartamudo y un verano en el malecón sucede lo que tiene que pasar y que la sangre puro susto y que si le he clavado un calato y no y sí y no se sabe a quién preguntar y las noches sin sueño y el amor como fuego en el pecho: templado hasta la remaceta, y los celos, Profe, jodido, jodido: que no vas a tal fiesta, sólo por hacerle sentir mi autoridad, si vas: te pego, meterle miedo, porque sino se le resbala con tanto lobo hambriento que anda suelto por el barrio: ¿que por qué lo miraste así al Selvático?; ¿que acaso no me di cuenta cómo lo saludaste a Pisquito?; y ella: que así no me trates; y luego en el malecón o en el parque me araña, me muerde los labios llorando: si tú paras con esas por el Agua Dulce; y yo le niego: y ultimadamente un hombre hace lo que le da la gana, ¿entiendes?; y no falta un gil, por amigo o por joderme: tu Marina, perrita, compadre; y lo escupe

todo, y yo diablo: que mentiras; y le armo la bronca, pero queda la duda y ahí me tiene vigilándola día y noche, y una tarde que sale del callejón y camina hasta la farmacia, y yo detrás de ella ocultándome, y sube a un malibú y se va con un huevón, y uno, Profe, siente el calor como herida y hay ganas fregadas de morirse, y de verdad: la Marina de pampira y uno de reverendo cojudo respetándola como enamorada, y me digo: que se joda, pero dentro, no sé dónde en las venas, está que se llora y se sabe que la Marina ha cambiado tanto que trajina avenidas en busca de puntos con movilidad: medio quilo y un polvo de la gramputa con esa morocha, pero hay que tener su roca y pienso robarme uno y juntar platita para ir con ella como cliente en plan de pampa, pero naca, y ya me lo dijo: con cualquierita sí, contigo no; y la he visto, Profe, irse con viejos y mandarme a la mierda, a mí, su antiguo, su primer macho, mejor no hablar de cosas tristes: ¿hemos venido a llorar o a chupar?, salud entonces, ¿en qué me quedé?, ah, ya: esa noche La Sevillana daba gusto: fuera, en la calle, los rocas, puro ruido, frenaban y partían; dentro, las botellas se amontonaban en las mesas, y los dados: quinas, dones, asesinos, zambas, trenes, cuadras, y el humo de cigarro y las gramputeadas, y entró el Tigre borracho, apenado, sufrido: si yo soy pata de ustedes, ¿por qué me han dejado botado?; y Pisquito: ¿y el ron?, y Miquey: ¡qué tal concha!, se lo ha tomado sólito; y le digo, Profe, que el cojudazo del Tigre, que se muere por ser nuestro amigo, se sentó a mi lado y lambiscón como siempre, ya no tiene remedio, pidió golpeando la mesa su media docenita de cebada para sus patas del alma.

(El escarabajo logró subir la cuesta empujando su pelotita de excremento y está inmóvil en el borde de la pista. Ha recogido todos sus apéndices contra el cuerpo.)

—Un solo movimiento y morirá aplastado por las ruedas de los autos.

—Cruzaré y en línea recta.

—Muerte y calor: qué extraño.

—Y ya lo veremos al otro lado.

—No lo creo: volveré a bajar la cuesta.

—Un escarabajo nunca retrocede

—Ahora está como muerto.

—Cuando están frente al peligro simulan la muerte.

—Parece una semilla brillante.

—Tendrá que llevar la comida a los otros escarabajos.

—¿A cambio de qué?

—De nada: cumple, es útil.

—¿Así?

—Fíjate cómo levanta sus antenas.

—Bajo este sol nos estamos pudriendo.

—Sus antenas son mejores que nuestros ojos.

—Entonces podrán ver con más claridad cómo las cosas se corrompen poco a poco.

- O cómo se construyen, también.
- Tengo hambre.
- Ya llegaremos.
- Estoy cansado y el sueño me vence.
- Tienes que hacer algo.
- ¿Qué?
- No sé: eso lo tienes que saber tú.
- No me interesa: vivo, como esos muchachos que están jugando fútbol.
- Mira: entró a la pista.
- Cualquier medio es bueno para gozar la vida.
- Vuelve a empujar su pelotita de excremento.
- Las ruedas lo aplastarán.
- No: él sabe caminar mejor que nosotros.
- Huelo a muerte.

Sabrán que hay escarabajos —negros anaranjados— que se alimentan de animales muertos y de materias vegetales en descomposición, que pueden arrastrar el cadáver fresco de una rata, de un suelo duro a otro más blando, enterrarlo y esperar pacientemente que se convierta en carroña para luego darse un putrefacto banquete; sabrán que por estos escarabajos, de ocupación tan despreciable, es posible que la materia, en trance de extinción definitiva, retorne a la circulación vital del universo, torbellino confuso de sustancias húmedas, resbalosas, en donde se fragua nuestro ciclo que, desde el agua hasta el aire, busca dolorosamente el equilibrio eterno, aquí, sobre la tierra.

¡Qué rico que estuvo, Profe, el seco con frejoles!, salud, le hablaba de Pisquito: ya habrá ocasión de presentárselo, él se encollera con cualquierita, y día y noche está con el mismo amigo, es decir, su pata, sin él no puede dar un solo paso; a veces se la agarra vicioso con el taco, como si la vida sólo fuera el tapete verde y las bolas; Oswaldo dice que esa es su manera de escapar de su propia realidad; y por una niesita deja empeñados sacos y camisas y cuanto hay, pero se aburre de ese plan y se hace amigo de lanzas y borrachitos profesionales y ahí me lo tiene de hueco en hueco, cañazo, Profe, y broncas malditas, y tira golpe trome, se hace respetar, y esto también lo cansa y empelota a blanquitos con roca, y como las ladillas que caminan por las huevas, pasa y repasa por el barrio, bocina y bocina y escape libre, contra el tránsito, pero no se sobra: nunca arrocha a su collera de la esquina, pasa la voz gritón sacando el brazo y la cabeza por la ventanilla, y así una o dos semanas el mismo joder hasta que los manda a la mierda y entonces se le ve tarde y noche, en media calle, jue-ga que te juega fútbol con los sapitos del barrio y en la quinta dados hasta que un día se hace humo y ni a su casa va a

dormir, y un carreta: Pisquito ya se consiguió su rica, pero, cuñao, maroca atorrante; y cualquier mañana aparece recostado a un poste borrachísimo, y se le despierta: soy un fracasado, dice y llora; y una noche, bien peinado, ropa limpia, nuevito, en la esquina: yo paso, nada de trago; y si la puta va a buscarlo en roca, la bota, y si la rica insiste, Pisquito se mea en una botella y le tira los orines, entonces, la perra, ataque, histérica, Profe, lo insulta, y Pisquito amargo pateo el poste, mete las manos en los bolsillos y se va rápido taconeando la vereda a su casa o al taco, y luego durante varios días se le ve metido en un taller trabajando de ayudante de mecánico, pero este intento acaba en la cantina: yo he nacido para otra cosa, dice, para ser grande, y pide su media docenita de cerveza; y como a eso de las once de la noche desaparece sin jalar a ningún pata, y la collera: Pisquito pule rocas, y el que menos mueve ágil los dedos como tocando piano; la hueva, Pisquito no atraca con eso; ¿entonces, cojudo?; una vieja que le suelta chibilines como mierda; pero la verdad, Profe, es que ni su patero sabe nada, y cuando al amanecer vuelve Pisquito cargado de billetes: una situación de las buenas, dice, levanta la cabeza, hay que gozar la vida, entrecierra los ojos, ¿seré cojudo?, suelta una carcajada, golpea suave el estómago de cualquier pata y dice: dos meses más en esta situación y mi camaro, ya verán; me olvidaba, Profe, de contarle que cuando Pisquito está en plan de cafioca esquinerito por nada del mundo se quita una casaca gris y vieja; un pata del barrio, el Poeta, le dice burlándose: esa casaca, primo, es tu mortaja chichera, es como esos toneles

en donde se guarda vino, traspasadita de alcohol, te la pones y ya tienes más del cincuenta por ciento de tu ración nocturna de chicha; y Pisquito: yarayara, no jodas; un día Oswaldo dijo que Pisquito había nacido con sangre sedienta; un cigarro, Profe; Oswaldo es un escritor que vive por el barrio; gracias; y hay veces que se va con nosotros en plan de chichita, quiere escribir una novela sobre nuestra collera, usted lo debe conocer, ha publicado *Lima en Rock* y otra que creo que se llama así como de Milagros en Lima, no recuerdo, y no es bamba, pero yo he conocido a varios de los que aparecen en sus libros, por ejemplo, al Príncipe, patísimo de mi primo que vive por Jesús María, y lo he visto en el billar de Secada taquear al Choro Plantado y hace como dos semanas Pisquito en un bulín por Isabel la Católica me lo ha enseñado a Caradehumo, un gil de una de sus novelas, Oswaldo es bien carreta del Poeta, si chupan, juntos hasta las finales; la otra vez, Oswaldo estaba bien, pero bien triste, apenas si hablaba, allá por La Chilena: borrachera psicológica, decía, y varios huevones que le meten pleito por las puras y el único que saltó a defenderlo fue el Poeta, los demás patas: humo; cuando Oswaldo ya está hecho por el trago habla y habla, como si saliera de una pesadilla, voy a recordar más o menos lo que dice: es una calle oscura por la neblina que avanza del mar y el auto a toda velocidad y yo como muerto sin poder hablar y la malagua con su mano viscosa prendida en el timón y la otra pulposa acariciando la cabeza de un perrito que fuma y huele orgulloso los asientos y la malagua con su boca resbalosa me amenaza con aniquilarme

por huevón y yo si apenas le puedo preguntar ¿por qué huevón? y la malagua moviendo sus ojos de subterráneo marino me dice que soy huevón porque creo en la piedad y que él tiene carro y plata para comprarlo todo y no se hace la paja pensando en el ser humano ni en ninguna otra mierda por el estilo y yo que le vuelvo a preguntar ¿y por qué aniquilarme? y la malagua deshaciéndose frente al timón con chillidos de ballena me contesta porque mi vida no me permite soportar que haya todavía huevones que anden y respiren y piensen y hablen como tú y el perrito que aplaude y acaricia su cabeza en la blanda malagua y el auto a toda velocidad por la calle oscura y yo que ni puedo mover la mano y vuelvo a preguntarle ¿cómo me vas a aniquilar? y la malagua retorciéndose me grita con lo que más quieres y yo que le digo que le tengo piedad por su terrible soledad y el perrito que se lanza a moderme y la calle oscura de neblina y la malagua con su auto y su perrito que retorna a las profundidades apestosas del mar y yo que me quedo agarrado a un poste y la neblina que avanza del mar y rodea en colores los avisos luminosos, y Oswaldo rompe vasos y botellas y dice que nadie podrá aniquilarlo y que seguirá hasta el último día de su vida creyendo en la piedad así llegue a la locura y el Chajuá que le dice: no se desarregle usted, compadre; y la Vieja que le habla del Marqués de Sade y el Poeta que nos dice: Oswaldo es un carreta solitario; y siempre lo acompaña hasta su casa, y Profe, Oswaldo es buena gente, nos aconseja y aconseja, por ejemplo a Pisquito le dice que por las puras huevas se está perdiendo, que si sigue así sólo

llegará a ser triste monarca de cantina, de bi-llar o de bulín con corona de aserrín y escupitajos de madrugada, que a la larga se convertirá en ridículo príncipe de esquina que para ganarse la vida sólo tendrá el sexo y que esto dura hasta menos de treinta y ahí muere, tienes que estudiar o trabajar, le dice, hacerte hombre; pero Pisquito: tú hablas y hablas, eso es fácil, ¿pero cómo mierda salgo de esta vida que ya me tiene cojudo?, ¿tú acaso no crees que pienso y pienso en lo que me pasa?, hasta ya no puedo dormir y estoy por creer que me han hecho brujería, ¿comprende que ya estoy viejo para terminar mi secundaria y si me pongo a chambear, pagan mierda, yo he nacido para ser grande y no un simple empleadito, claro que ya sé que hay varias formas para salir de este ambiente, pero son cagadas y con esto no atraco, ahí no lo tienes a Chéster y a Kike que se fueron a los Estados Unidos contratados para matar chinos en Vietnam, yo no soy tan mierda, así como me ves, seré de todo, pero no asesino, ahí no tienes también a tanto huevón que se dedica a vivir de la mostaza, yo con ese plan, naca, ya, soy cafioca esquinero, pero hasta cierto punto y ahí muere, todo el molido que recibo, maldito, luego luego lo que-mo, quiero hacerme solo, pero no puedo; y Oswaldo le explicaba: es la crisis del país, tienes que ser fuerte, sino siempre serás un marginal, tienes que comenzar desde abajo y aprender a sacarte la mierda sólito; y Pisquito: ¿acaso tú eres fuerte?, si siempre estás hablando de la piedad, del ser humano; y Oswaldo acomodándose los anteojos: por eso soy fuerte, no me dejo arrastrar; y Pisquito de reojo: ¿y tú que ya tienes

profesión y trabajas qué haces por cambiar toda esta mierda?; y Oswaldo casi mordiéndose los labios: escribo novelas y enseño; y Pisquito taconeando el poste: con eso no haces nada, yo que tú tomaría una metralleta y mataría a tanto rico y político; y Oswaldo: no es el momento, hay que prepararse; y Pisquito riéndose: para cuando ya estemos cochos con nietos, ¿no?, tú siempre te quedas en palabras, Oswaldo, es por demás, decía Pisquito moviendo la cabeza de un lado al otro, con todo lo que me dices lo único que consigues es hacerme dar cuenta que soy una mierda, prefiero no pensar y gozar la vida, pero rico hasta cuando el cuerpo aguante; y en la cantina de Honorato Oswaldo le decía al Poeta: todos estos muchachos del barrio están jodidos, pero son más sinceros que muchos universitarios que ya tienen hecha su vida con la profesión que siguen y hay que verlos habladorcitos, decididos a todo para cambiar la sociedad, pero luego cuando ya han conseguido su título se olvidan de todo y son capaces de las más grandes traiciones con tal de tener un poquito de plata, en la U sólo cumplen su servicio revolucionario obligatorio, el otro servicio militar obligatorio, sólo para los cholitos; y Profe, diga, ¿qué podía hacer Oswaldo con sólo hablarnos?: nada, al contrario: nos jodía al hacernos pensar, en esto le doy la razón a Pisquito; pero desde hace rato estoy que le cuento de esto y lo otro, ¿y de lo que nos pasó la noche de ese sábado?: nada, claro, así está mejor para que vaya conociéndolos uno por uno, le decía que estábamos en La Sevillana jugando cacho, pero no para tomar un vaso, una botella y a pico y sin respirar, y en eso

llegó la Vieja con Zapa, y la Vieja: eso no se hace, Zapa, a un amigo; y Zapa, comprende, porque soy tu amigo; y el Selvático: ya no hablen huevadas y chupen; y la Vieja: farsante de mierda; y el Selvático: ¿a mí?; y la Vieja: por las puras te compras pleitos, ¿no estás viendo que hablo con él?; y el Selvático: no veo, escucho; y Pisquito: ¡cinco calatitos de nuevo!; y yo: te están sacando la vuelta; y Pisquito se para, levanta una botella y cerrando los ojos, a pico, se la seca sin respirar; y la Vieja: no, Zapa, te has equivocado; y Miquey a Pisquito: ya no chupes, tenemos que ir a las doce; y Zapa golpeando la mesa con el puño: te jodes; y la Vieja: escucha, Zambo, anoche estuvimos por La Herradura y este huevón, señalando a Zapa, ya al amanecer dice que va a comprar cigarros y regresa después de un cuarto de hora y como si no hubiera hecho nada siguió chupando, a las seis de la mañana volvimos en mi carro y lo dejo en la esquina; Pisquito ha secado la botella: que se vaya a la mierda, dice y se sienta, apoya la cabeza sobre la mesa y manca; y la Vieja: llego a mi casa y gran alboroto, todos me abrazan, este mierda llamó por teléfono a mi casa y dijo que yo había tenido un accidente automovilístico y que me habían llevado gravísimo a la Asistencia Pública; y le cuento, Profe, que Zapa orgulloso nos miraba; y la Vieja: salieron como locos y busca aquí y allá y nada, tú, Zapa, llamaste, no mientas; y Zapa: sí, llamé, soy tu amigo; y el Selvático: ¡desgraciado!, y riéndose le golpea el hombro; y la Vieja: te vi, Zapa, espiondo por la ventana de mi casa y cómo gozabas, sádico de mierda; y Zapa: ¿ya no te he dicho que

cuando estés droga no te las des de trome del timón?, ¿has entendido acaso?, la letra entra con sangre, cuñao, y ahora ya has visto lo que puede pasar en tu casa si mancas manejando y por último ya has comprobado cómo te quiere tu familia, muy pocos saben lo que es eso, y por mí ahora lo sabes, huevón; y el Selvático: ¡el deschuche!; y en eso llegaron tres giles que los manyo por Larco en busca de Pisquito y al verlo mancado: ya te he dicho que con él no hay que contar para nada, agarra trago y se olvida de todo; y se fueron calientes; piojito, piojito, gritó el Selvático y removió los dados dentro del cubilete, y no sé en qué momento el Tigre se había quitado; la Vieja, Profe, es buena gente, pero jodido, una vez se fue al centro, a Versalles, con Oswaldo, Pisquito y el Chajuá, y ahí en la puerta había un grupo de esos que se las dan de genios, y la Vieja muy educado: se puede saber de qué discuten los señores; y el más aventado: si le interesa, de los himenópteros; y la Vieja arrojándolos: me disculpan, yo estudio derecho, no sé nada de los himenópteros, ¿me permiten una pregunta?; y el más chato: como el señor guste; y la Vieja: ¿alguien de ustedes por casualidad podría decirme cuáles son los derechos reales?; y el más aventado: no, no es de mi especialidad; y la Vieja furioso: puedo pasarme tranquilo la vida sin saber qué son los himenópteros, me llegan al huevo, pero si no sé cuáles son mis derechos soy una reverenda mierda; y casi se arma la bronca; tome pues, Profe, y no amarre el trago, y le decía que La Sevillana esa noche ardía de chicheros; en la puerta se detuvo atronador un roca: Miquey salió disparado, el Selvático

atrepellando sillas, y yo detrás: la Margot, un cabro delicado, al timón, y dos ricas que sacaban sus cabezas por la ventanilla: oye, llámalo a Pisquito, gritó la más gorda; y Miquey comiéndose las uñas: ya mancó; y la maroca: sácalo cargado; y el Selvático: putas hediondas, vayan a joder a otra parte; y las dos casi en coro: estás conchetumadre, piojoso de mierda; y el Selvático: la tuya, y abrazándome, entremos, creí que eran las de Lince, éstas son unas huevadas, ya las conozco: te miden el trago y a las finales se van con el primer viejo que encuentran; y volvimos a nuestra mesa, Miquey se quedó conversando con ellas, y la noche todavía no presentaba situación.

—Antes de que llegue a la mitad de la pista una llanta lo aplastará.

—No, cruzará la carretera.

—Se ha detenido en el sitio más peligroso.

—Está calculando con sus antenas el momento más preciso para avanzar.

—Ese camión que viene lo triturará.

—Mira, avanzó lo justo y está a salvo.

—Este calor es una droga que me traslada a lugares extraños.

—A veces cambiamos levemente nuestra posición y hemos transformado el ritmo del mundo.

—Tengo sed.

—O hemos cambiado la vida del otro.

—¿Para qué?, si al final siempre la muerte.

—El escarabajo debe sentirse impotente para detener el paso violento de las llantas.

—Tampoco comprende por qué tiene que cruzar la pista, ni porqué las llantas tienen que amenazarlo.

—Una vez me soñé entre llantas gigantes que querían aplastarme.

—Tú eres un escarabajo.

- Y tú también, con la diferencia de que tú no tratas de comprender el sentido de la pista ni de las llantas, vives.
- ¿Qué más se puede hacer?
- Nuevamente se ha detenido y los autos pasan sin rozarlo.
- Mejor me quito la camisa.
- Hay mosquitos.
- Ahora, sí, ese auto lo triturará.
- Fíjate, avanzó como dos milímetros y no le pasó nada.
- Pero se le ha escapado su pelotita de mierda.
- Mira cómo da vueltas con sus antenas levantadas.
- El sol me pica la sangre.
- La está buscando.
- Casi esa camioneta aplasta su pelotita de porquería.
- Da vueltas y vueltas desesperado.
- No la encontrará.
- Espérame, voy a entregársela.
- Con tantos autos que van y vienen no podrás detenerte ni un segundo en el centro de la pista.
- Tengo que hacerlo.
- ¿Arriesgarás tu vida por un simple escarabajo que empuja mierda?
- No lo sé, tengo que ayudarlo.
- Para que tarde o temprano se muera, ¿verdad?
- Eso no interesa.
- Entonces, ¿qué?
- La travesía.
- Ya no te preocupes, encontró su pelotita y sigue avanzando.
- Y cruzará la pista en línea recta.
- Este sol me hace pensar en la muerte.

- Es como si estuviéramos en la platea de un circo.
- El espectáculo del peligro me aburre, prefiero vivirlo.
- ¿Y que otros te vean?
- —No, los acróbatas son los zánganos de la muerte. Esos muchachos juegan sin importarles que los miren.

Se sabe que las hormigas son muy laboriosas y ordenadas, se sabe que mientras unas construyen complicados túneles y galerías, otras buscan y transportan alimentos, se sabe también que mueren sin haber palpado el ruego, el aire o el aroma de sus propias vidas, y entonces se comprende que han tomado un camino inútil que se retuerce en el tanto trabajar y comer y que nunca podrán llegar al ángel: así es de absurda la vida de las hormigas; pero hay veces que el escarabajo estafilino, acaso impulsado por la nostalgia de su musgosa edad celular, se allega a una colonia y segrega un éter aromático que las hormigas liban con avidez extraordinaria y que les proporciona un éxtasis diabólico, es entonces cuando lo cuidan y hasta son capaces de desprenderse de su comida para alimentarlo, pero pasado un tiempo, en el límite del vicio —comida y compañía: el escarabajo; y sueño feliz: las hormigas—, mientras se desquician galerías y túneles, mientras el orden se pudre y mientras la incubación se corroe, las hormigas, ebrias, perdidas en insólitos sueños marinos, mueren pataleando bajo el sol, y el escarabajo, de aberrante gordura, que intentó, con la entrega de lo más dulce de su cuerpo, aniquilar la soledad, encuentra sólo muerte.

Y llegó el Poeta: qué buena zamba, cuñao, en el malecón, casi nos rodamos hasta la playa, me dijo y tomó asiento al lado de Pisquito; Miquey, comiéndose las uñas, intranquilo, entraba y salía y miraba la hora en su reloj pulsera; la Vieja seguía jugando cacho entre gritos y golpes sobre la mesa; y Pucho: ahí nos vemos, tengo un plan; y Miquey detrás de él extiende la mano entre su boca y la oreja de Pucho: orgía con pamparas, le dice empelotándolo con dulce de chucha y todo porque Pucho es movilidad, y Pucho: ya estoy organizado para esta noche, y se va; y el Poeta que despierta a Pisquito: tomas una cagada y ya mancas, le levanta la cabeza; y yo: tanta chicha, primo, los conchos se le revuelven al primer trago; Pisquito de reojo mira al Poeta: ¿dónde está la cena?, dice y vuelve a dormir; por chupar hasta te olvidas de comer, le dice el Selvático despeinándolo, y Pisquito sin levantar la cabeza, entresueños: todos me creen una mierda; y el Poeta: tú que eres un cojudo; ¿y sabe qué cosa, Profe?, una vez el Poeta me dijo: Pisquito cuando manca de borracho se sueña que va tocando puertas perdido por corredores y se desespera al comprobar que todas están bien cerradas que nadie le abre

ninguna y cuando por casualidad una cede a sus golpes entra y se encuentra frente a una escalera de caracol y sube arrastrándose y al llegar al final en lugar de verse en una playa de sol verano se despierta derrumbado sobre una mesa de cantina y triste para no pensar en él y en la vida que lo tiene bien atrapado, vuelve a emborracharse y dice: yo he nacido para ser grande y toda esta mierda ya me está ahogando; y ahí, Profe, me lo tiene a Pisquito huyendo de él mismo, como dice Oswaldo; ¿dos heladitas más?, así me gusta; Caimán; y volviendo a mi cuento le decía que Pisquito abrió los ojos y dijo: yo sé lo que hago, todos se van a la mismísima mierda; y el Selvático haciéndole cosquillas: ¡qué macho!; Miquey vuelve: se fue Pucho, dice, y el rostro de Pisquito, cadáver: lo hubieras enmonado, le dice, manya si hay otro con movilidad; y la Vieja tirando los cubiletes: con mi auto, nelson; y Miquey comiéndose las uñas barre toda La Sevillana con sus ojos de ratita: no hay nadie; y Pisquito: ¡la cagada!, mete la mano al bolsillo, saca un billete arrugado y le dice al Poeta: me ayudas con algo para pedir comida; y el Poeta: sale, cuñao, y los dos se retiran de la mesa; el Poeta, Profe, es el deshuevo: el año pasado terminó de estudiar en la U y ha ganado varios premios por sus poesías, ahora está tranquilo, pero si usted, Profe, lo hubiera conocido hace tiempo; Caimán, dos heladitas; el más mediador del barrio, a los diez años se fugó de su casa y la policía lo tuvo que volver y su viejo general lo metió al cuartel así de chibolo y los soldados de puro cochineo le enseñaron todo lo malo y después secundaria expulsado de colegio de

curas y hasta del Leoncio Prado, pero el Poeta terco terminó su media, ingresó a la U y ahora ya para sacar su cartón, y había que verlo en las vacaciones sin zapatos por joder armando timbas en esquinas y callejones del barrio y Pisquito me contó que una noche el Poeta apareció calato en el techo de su casa: yo que me la estaba pirobeando de lo lindo a esa morocha pues que vive al lado de la panadería y en eso que llega el marido, ¿lo conoces?, el cholo ese que es bien armado; tranca la puerta, le ordeno al poto, tengo que darlas, ¿seré huevón?, y cuando acabo justo el cholo abre la puerta y tremendo lío y no sé cómo me escapo y me las pico calatito y de techo en techo y el cholo con un palo, así, cuñao, de grande, para matarme, que si no se desbarranca: el polvo más caro de mi vida, y estás viendo que me muero de frío y ni siquiera me das tu corsa, y había que verlo, Zambo, al Poeta asustado, calato y en pleno invierno, me contaba Pisquito carcajeándose ahí en el malecón, pero para qué, el Poeta, Profe, tira su labia y con Oswaldo sí que habla de literatura, y el Poeta escribe bacán, creo que aquí en el bolsillo cargo lo que escribió la otra noche en La Sevillana, sí, este es un poema y en este otro papel así como cuento sobre nosotros, ¿se lo leo?, ya, pero antes salud:

«El Zurdo había vuelto y aquella noche las

[piedras

relucían como fuegos satánicos

Magal tirada sobre el asiento posterior del roca

arrojaba gruesas bocanadas

mientras Pisquito miraba
con sus ojos de perro apaleado
por el trago

Vamos

dijo toda autoritaria la Pota

Estás conchetumadre apestosa de mierda

vociferó Magal

Pisquito dando sus primeros pininos de cafioca

sólo atinó a sonreír

en ese instante un potente camaro rugió sobre

[el asfalto

y los ojos de Pisquito se cubrieron

de una envidia inútil

y un hombre-marihuana descendió tocándole

el ortega a la Tragasoldados

en un arranque de machismo

la noche se atestaba de chicheros y la bronca

era una estrella

en la frente piojosa de la Magal

Pisquito comprendía que la noche era joven

y dijo

Es hora de irnos Lelo

Lelo se encogió para poder tomar el timón

partieron

una muchedumbre de sapos se aglomeró detrás

[de la estela que

dejaba el roca

de pronto como electrizado Pisquito

gritó

Para Lelo el Selvático nos está llamando

El Selvático venía corriendo

porque ni cojudo para perderse una chicha y jadeando casi arranca

• la manizuela del auto

Putá dijo si son mierdas ya no respetan a los

[amigos

ustedes sí que no tienen bandera

¡que viva la chichita!»

¿Qué le parece, Profe?, y esto que lo escribió borracho, sus poemas son mejores y tratan de nuestros problemas y es como la Vieja que estudia derecho o el Chajuá dirigente estudiantil y hasta el mismo Oswaldo, profesor, así como usted, pero que nunca nos arrochan a nosotros que apenas si estudiamos o estamos jodidos; una tarde, en la esquina, el Poeta me dijo: mira, Zambo, creo que todos en el barrio están locos, claro que son patas, pero por la chicha son capaces hasta de robarte, están alienados, compadre, con tanto trago, hierba, chisguete y putería ya no pueden comprender nada, ya ni siquiera se compadecen de nadie; y Oswaldo en La Chilena entre cacho, radiola y cerveza, decía: viven a salto de mata, son marginales, y han creado sus propios valores para sobrevivir, están solos: no tienen bandera y todo por la situación económica de sus casas y por toda esta mierda que los rodea y si pudieran comprender se harían extremistas y de los buenos; y usted sabe, Profe, que hay que ser muy hombre para poder escapar de ese remolino que nos jode, y le digo que esa noche del sábado estábamos en espera de situación, y nelson, y en eso

que llega Leopardo, apenas para diecisiete años y tiene para contar mucho, y ahí parado no más al lado de la mesa mirándonos con la cabeza baja; salud, le dice el Selvático alcanzándole la botella: paso, no sé cuántos millones de penicilina y no me pasa la huevada esta; ¿para qué pues, Leopardo, te metes con putas?, le dice el Selvático, y Leopardo: ¿estás loco?, ¿yo?, ¿Leopardo?, naca: Diamante y duro; y yo: ¿diamante?, ¿qué has comido?; y Leopardo golpeándose el pecho con las manos: claro, dentro de tanta porquería, moviendo en semicírculo la mano, el único que brilla soy yo, y se rió levantando la cara; y una tarde de verano su mamá lo mandó a comprar azúcar y pan para el té y cuando ya regresaba a su casa que se detiene un roca: ¿lo conoces a Pisquito?, le pregunta una rica sacando la cabeza por la ventanilla; yeso; ¿lo has visto?; no; ¿por dónde andará?; a esta hora: en el taco; si acabamos de ir; debe estar durmiendo en su casa; ¿quieres irlo a buscar?; ¿seré tu sirviente?; no seas malo; y Leopardo levantó los hombros y siguió caminando y el roca detrás y la otra maroca: ven; y Leopardo que se acerca: qué piedra que eres; y Leopardo no sabe dónde guardar los paquetes, y la rica: contigo quiero, sube; y vieras, Zambo, que la rica se mordió los labios y era chiquilla no más, así como de mi edad, y se abre la blusa: ¡qué tales tetas!, y yo loco subí, y a bailar a La Herradura, y dos cervezas y ya estoy borracho, pero me hacen tomar unas pastillas y como nuevito, y ya de noche, Zambo, el roca como diablo por las pistas y en un departamento de Lince sus dos polvos, si estaba aguantado, y la maroca

Azucena me enseña rico a pirobear y yo como Leopardo que soy casi me la como a pedacitos y me dejan durmiendo y se van a su labor con el Contry, y no sé a qué hora vuelven con bastante molido y a comer y a bailar se ha dicho en El Nacional de La Herradura y al amanecer su otro gran polvo frente al mar y luego a asolearse y cebiche y parihuela en el Callao y nuevamente su chichita y a dormir y a matizar que para qué te cuento, Zambo, el deschuche, ¿y en qué día estamos?: eso ya, Zambo, no cuenta: tiempo, hora, mi casa: a la mierda, y a gozarla, y que te llevan a tiendas y camisas y sandalias finas y hasta calzoncillos de colores bien cafichones, y eres su papacito y te llevan a conocer sitios del deshuevo y te encolleras con un chuchonal de cafiocas, cabros, marocas, lanzas y viejos que pagan por vernos pirobear, y tú, Zambo, que entras a cantinas y boats arrojando con tu rica que se te prende como araña, y ya te olvidaste del pan y del azúcar para el té, pero de vez en cuando te vas por el barrio a inspeccionar la situación: que tu vieja fue a la cómica a decir que te habías desaparecido, que después una vecina le había dicho que andas con prostitutas, y tú te pones a pensar, Zambo, pero, hermanón, la chucha te jala más que tu casa, y ya comienzo a templarme de la Azucena, me da pena la vida que hace y le digo que me pongo a trabajar en cualquier cosa y nos casamos, pero la Azucena, cuñao, que se ríe y me trata como chibolo y yo que me caliento: a la Azucena la quiero como enamorada y no como puta, y ya no quiero seguir viviendo en ese ambiente: celos de mierda cuando la veo que se va con sus puntos y yo

tengo que esperarla y luego para acostarme con ella hago que se bañe bien, pero siempre le descubro un olorcito a pinga y me embronco y le pego, y una noche en Mi Bohío, la Gala por joderla le dice que lo ha visto al Gato con la Tigre en un carro sport; te callas, conchetumadre, le grita, ya no quiero saber nada de ese cojudo; y la Gala que la sigue picando y la Azucena que se enfurece y ya están que se pegan y ruedan arañándose por entre las mesas, y yo quiero separarlas, no es que yo sea un niño de mierda, Zambo, pero, dime: tú siempre te has acostumbrado a ver a tu mamá, que apenas si hace cólera contigo; y crees que todas las mujeres son así, y de pronto ves a dos como fieras, como si fueran dos malditos chaveteros que se dan a muerte, y sus caras, Zambo, odio, pura rabia, y se te rompe todo lo que habías sentido antes, no sé cómo decirte, ya no crees en lo fino, débil de las mujeres, y quiero separarlas, pero Pisquito: nunca te metas en líos de putas, me aconseja, que se saquen solitas la mierda, me lleva al mostrador, pide trago y mira arrecho las piernas y los brazos llenos de sangre de las dos marocas que se revuelcan entre borrachos gritones, y Pisquito sin quitarse de la boca el cigarro que le cuelga por un lado de los labios, sonrío: parece que la Azucena ya te cagó, me dice, el Gato la metió al cuento, la exprimió a su gusto y luego la botó y la Azucena que no se ha podido olvidar de él va buscando por todas partes chibolos que se parezcan al Gato, los enmona hasta que estén bien templados y por último los deja, es su venganza, y tú sufrido tras de ella como perrito, salud; y vieras, Zambo, cierto, al comienzo, melcocha conmigo

y cuando ya me vio templado, a fregarme, en mi delante se iba con otro chibolo y le daba plata, y yo buscándola por todo sitio, y un amanecer la encuentro en El Nacional abrazada a uno que era como mi hermano gemelo y le hago una bronca de la gramputa y ella, Zambo, que me amenaza con denunciarme como tratante de blancas, y me como la cólera y hago la promesa de no buscarla más, vuelvo al barrio y vergüenza de ir a mi casa, tengo fiebre y la pinga está hinchada y me duele, y duermo en autos y parques y robo botellas de leche y en el billar pido plata prestada para comer lo que sea, y sabiendo cómo es la Azucena no la puedo olvidar y la quiero más, y varias veces estuve a punto de ir a buscar y pedirle perdón por la bronca que le armé en El Nacional, pero, Zambo, me contengo; y viera, Profe, que la mamá de Leopardo lo buscaba por todo el barrio y cuando pasábamos por su casa de noche o de madrugada siempre veíamos la luz prendida de su dormitorio y decíamos: mira, su vieja cómo lo espera; y una tarde, Leopardo, flaco, sucio, enfermo, compró azúcar y pan y volvió a su casa como si ese día hubiera salido, y su vieja no le dijo nada, preparó el té y en la noche trajo médico, y ahí estaba Leopardo cerca de la mesa en La Sevillana y luqueaba disimulado la puerta por si apareciera Azucena y está que se muere por preguntarle a Pisquito, pero se aguanta y tiene miedo de enchicharse; ahora, sí. Profe, seco y volteado, salud, por un Leopardo que se volvió Diamante.

- Qué difícil nos ha sido cruzar la pista.
- Si no te ayudo ese camión rojo te atropello.
- El escarabajo la está cruzando en línea recta.
- Es que él puede detenerse y burlar las llantas.
- Ya le falta poco para salir de la pista.
- En la puerta del horno siempre se quema el pan.
- En este caso, no.
- Avanza de espaldas y con la cabeza baja como avergonzado.
- Así tiene que caminar.
- Entonces, no vale la pena.
- Si también a nosotros nos obligan a trabajar con la cabeza baja.
- a mí, no: yo vivo.
- ¿Para qué?
- Vivo y eso es todo.
- Nunca llegarás.
- ¿A dónde?
- No sé, pero siempre hay que llegar.
- No me interesa, prefiero ser caracol.
- ¿Echando babas?
- ¿Y qué?: si todos hacen lo mismo.
- Llegó.

—¿Quién?
—¿No ves?: el escarabajo.
—Me caigo de sueño.
—Es el calor.
—No.
—¿Entonces?
—Todo me aplasta, y así con hambre y calor: vivo.
—¿De quién?
—No hay nadie a quién robar en esta maldita carretera, y esos muchachos parecen pobres.
—De mí.
—No tienes nada.
—¿Y si tuviera?
—Ya te hubiera robado.
—¿No crees en nada?
—En nada: así me han hecho.
—Salió del asfalto y ahora ya podrá caminar más seguro.
—De frente a la muerte.
—Tú no comprendes.
—Me basta con estar aquí.
—Sin piedad.
—No soy tonto.
—No quieres ser útil.
—Útil para la muerte, ¿no?
—Para todos.
—¿A cambio de qué?
—De ti mismo.
—Palabras y palabras: estás perdido como el escarabajo entre las llantas.

—Tú eres una llanta, y nada más.
—Preferible aplastar que ser triturado.
—Cada vez te pones más cursi.
• —En las palabras, sí; pero en lo que soy, no.
—Ahora el escarabajo ya no tendrá que burlar a la muerte.
—Puedo levantar mi pie y aplastarlo.

Las luciérnagas también son escarabajos: comunes y prosaicos durante el día, pero que nos iluminan las noches de verano con luz verdosa y fría, en rítmicos centelleos —dulce llamada del sexo— luciente alternancia delicada, que si fuera interrumpida en un milésimo de segundo la hembra ya no atraería al macho y el amor sería un inútil reclamo en la selva; ustedes, en la deses-peración de la luz, pueden triturar luciérnagas, pero sus despojos siempre seguirán brillando; si ustedes son ranas, envidiosas de la luz, pueden tragar luciérnagas, pero éstas, así de muertas, desde el musgoso estómago hinchado de comida, a través de la carne vidriosa de batracio acuoso, seguirán luminosas; pero también es posible que ustedes encuentren, en la noche, entre las copas de los árboles, doradas bolas luminosas que flotan en el aire y que son atraídas, para su perdición, por la luz, sin embargo, los indígenas, cuando tienen que viajar por la noche, se las sujetan a los tobillos, para no extraviarse en la espesura de la selva; y podrán encontrar también en el lodo, en la arena, a lo largo de caminos secos, escarabajos azules, verdes, púrpuras, anaranjados y escarlatas que pueden ser cazados atrayéndolos

con luces de señuelo, y entonces comprenderán, hasta qué límite de muerte, la oscuridad atrae lo luminoso y la belleza puede ser devorada por la luz.

Si usted, Profe, no tiene nada que hacer esta noche, nos vamos a La Sevillana, buscamos a unos patas con roca, y lo llevo a La Rica; mejor, ahora, yo sé lo que le digo, sábado, y verá qué tal ambiente; ya, pero sin falta la otra semana, palabra, tome pues, y me da risa, ¿qué?, la estoy haciendo tan larga que ya parece telenovela, lo que le estoy contando pues, si usted no se aburre siga: ¿en qué me quedé?, ah, ya: que había llegado Leopardo, que Pucho se fue dejando sin movilidad a Pisquito y que el resto seguíamos en plan de trago y cacho, claro, siempre en espera de situación, y en eso el Selvático llena un vaso de cerveza, se para de la mesa, camina hasta el baño con el vaso escondido detrás de la espalda y lo tira al centro de la mesa de unos lorchos que estaban ya casi por sacarse la mierda de tanto chupar y discutir sobre fútbol, y menos mal que el vaso no se rompe, y los deja sopitas como patos, y le cuento: cada uno de ellos creyó que el otro le había tirado cerveza en la cara, y ahí sí, qué bronca, pero de las buenas, y nosotros en platea, carboneros, y si el dueño no trae policía: cinco cholos corvina, Profe, y entró Revólver con el Chajuá en busca de Oswaldo: debe estar por El Palermo, contestó el Poeta; ahí

nos vidrios, y salieron apurados; el Chajuá no vive por el barrio, pero cada cierto tiempo se da su vueltita por el país de la chicha, él es dirigente estudiantil, no le interesa terminar su carrera, dice que quiere hacer la revolución, a veces se deja crecer la barba y no se parece en nada al Che o a Fidel, no, Profe, a los bandidos de la coboy, maneja su taquito, gran timbero y trago de los firmes, se anda burlando de los canecas esquineritos: mira, compadre, me dice, yo a tu edad: qué tal experiencia con putas, buenas, pero mejor es tener su enamorada que lo quiera a uno y no marocas atorrantes que le chupen a uno su cuerpo por las puras, yo, cuñao, me manejo una clase de la pitrimitri; y el Chajuá es uno de los pocos que todavía respeta la ley del trago: si se comienza a tomar con amigos se muere con ellos, nada de dejarlos botados ni por fiesta o putas, para eso, compadre, la hora de marocas es hora de marocas: cada situación en su situación; no es como el resto que cuando ya no hay molido para más trago cada quien se dispara por cualquier mesa y hasta son capaces de pegarle a uno en defensa de algún desconocido que invite trago, el Chajuá no, y si un pata manca de borracho, lo cuida y lo lleva a su casa, no es como los otros carretas que esperan que uno se enchate para bolsiquearlo y dejarlo botado sin medio para el pasaje; el Chajuá, recto, y por político se ha metido en líos muy jodidos con la policía, que si ahora no está en cana, suerte, por eso tal vez se hizo gran pata de Revólver: cada quien luchando a su manera contra lo mismo; la historia de Revólver es como para una novela de más de mil páginas: un día de este

verano que termina apareció por el barrio después de casi seis años, y nadie quería juntarse con él por miedo a comprometerse con la policía: recién había salido del Cerro, el Cerro pues, Profe, el Frontón: robo a mano armada y le colgaron un frío: y, Zambo, los presos políticos tienen familiares, amigos, camaradas, nadie se avergüenza de ellos, y les llevan comida, medicinas, ropa, libros y comunicados en los comercios y tombo y tiras los respetan, a lo mejor cambia la política, los indultan, y diputados o ministros, pero un preso común, Zambo, nada, tu viejo: que no me hablen de la vergüenza de la familia; tus amigos: un día de éstos lo visitamos, y pasan semanas y años, y tú, solo, y así, Zambo, te haces hombre, me contaba echados en la playa, y te pegan duro en los huevos para quebrarte, pero tú mueres en tu ley: ni una sola lágrima, Zambo; y desde chibolo así, Profe, patas con él: que tengo un tono y préstame tu corsa; yeso, patín; que habilítame para el cine; toma mi sencillo; que me han botado de mi casa; te vienes conmigo a jatear y así: uña y carne; y un día que se va del barrio y vuelve a la semana con molido: tú, carreta, estudia, yo ya no sirvo para eso, me dice comiendo pollo, ahora con unos patas puro rocas; y luego tres golpes de los grandes y vuelve con plata para ricos, trago, comida y cuando hay: y que toma esto para tus libros, borrachos, al amanecer, me mete billetes en los bolsillos; y no crea, Profe, Revólver, inteligente, forma su propia banda y los tiras cabezones con tantos golpes bien hechos: y mira, Zambo, la vida es corta y hay que tener chibilines, el estudio me aburre y tengo que vivir, no quiero

ser como los del barrio que siempre se quedan en la mitad del camino, si te metes en algo, a fondo, Zambo, ¿trabajar honradamente?: ni cojudo que fuera con las huevadas que pagan, no atraco con ese plan, me dice haciendo guardia a su gila, si aquí desde el Presidente de la República hasta el chino de la esquina roban, y ¿qué les pasa?: nada; pero, Profe, todo se acaba: cae preso y tremenda noticia en los comercios: Revólver asesino y hasta su foto con número, y en seis años de preso, cinco veces no más, Profe, lo fui a visitar, y cuando salió de la cana tuve miedo de seguir siendo su amigo, y había que verlo a Revólver de aquí para allá solo por el barrio y hasta su hembra ni saludarlo, y Revólver se comía su mierda sólito y un día conoce a Oswaldo y con él en La Chilena, en la esquina, y entonces nosotros al ver que Oswaldo se juntaba con él, volvimos a ser sus carretas y si tú me consigues chamba, me caso con mi gila, le decía a Oswaldo, y dejo la pillería, en la cana uno aprende: Hugo Blanco y Béjar mis patas, y no es bamba, y me enseñaron política y un estudiante que había asaltado un banco me dio a leer tu novela, esa de Octubre; y en un tono Revólver que se encuentra con su antigua gila y ahí mismito, Profe, volvió a renacer el camote: y si vieras, Zambo, me enseñó un álbum así de grande como esos que tienen los artistas con los recortes de todo lo que los periódicos dijeron de mí, y Revólver contento disparaba botella tras botella de cerveza, me caso y mando a la mierda tanta huevada; salud, Profe, y esa noche de La Sevillana, Pisquito que empelota a Lelo un carreta—movilidad: fiesta con pamperas, cuñadito,

no seas huamán; y Lelo que atraca, y Miquey, Pisquito y el Selvático que desaparecen uno a uno como si fueran al baño y luego un gil narigón lo llama al Poeta, y se han ido dejándonos colgados con la cuenta y la Vieja furioso: toda la vida estos cojudos tienen que joder, si los encuentro les saco la mierda; y yo: si ya te lo dije: no tienen bandera.

- No lo mates.
- Me da igual.
- Sigue rodando su pelotita de excremento.
- Y ya verás cómo se va a derrumbar al llegar a la cuesta.
- Con la misma habilidad que trepó va a bajar.
- Estoy cansado.
- Sentémonos en estas piedras.
- No te lo dije: nuevamente la pelotita se le escapó.
- Volverá a encontrarla.
- En cuanto la vaya a tocar, con este palito se la alejo.
- ¿Para qué?
- Por gusto.
- ¿Para verlo sufrir?: ¿no ves cómo se desespera moviéndose de un lado para el otro?
- A lo mejor al no encontrarla se dé cuenta que todo lo que ha hecho es inútil.
- Déjalo tranquilo.
- Me molestan los zapatos.
- La volvió a encontrar.
- ¿Hasta dónde la llevará?
- Por ahí, cerca, debe haber escarabajos esperándolo.

- Primero lo matarán y luego entre ellos pelearán por su porción de mierda.
- No, ellos tienen la costumbre de compartirlo todo.
- Me han salido ampollas.
- Tenemos que llegar antes que oscurezca.
- Creo que aquí me quedo para siempre.
- Nos esperan.
- Que sigan esperando.
- Y por más que he levantado el brazo ningún auto se ha detenido para llevarnos.
- Nadie es muleta de nadie.
- Fíjate: la vuelve a empujar.
- Con tus manos y tus palabras nunca vas a detener nada.
- No quiero detener nada, quiero cambiarlo todo.
- Ya me estás aburriendo con lo mismo, por qué mejor no hablas de tus aventuras amorosas.
- Ya está al borde de la pendiente.
- Tengo sueño.
- Sucede que hace tiempo yo tuve...
- No sigas, un paso más y la pelotita rodará.
- ¿Ves?
- ¿Qué?
- Ahí, más de diez escarabajos.
- Y cómo se preparan para matarlo.
- Para recibirlo y mueven sus alas aplaudiendo.
- Falta que le erijan un monumento.
- No te burles.
- Si estás viendo cómo ahora esconde su pelotita de mierda.
- Se está acomodando para bajar.

- No, tiene miedo: mira cómo mueve sus antenas.
- Llevará la comida a sus compañeros.
- Claro, por eso es que se están ordenando para dar la batalla final.

Y el escarabajo, por sus insolitas costumbres y colores diversos, ha trajinado, desde hace siglos, por el sueño de los hombres, así, los piratas simbolizaron el misterio y la muerte en el escarabajo y pocas fueron las carabelas que no tuvieran, en proas y banderas, el dibujo de este insecto —repulsivo y deseable— silente testigo de combates de dulces dagas que sólo se apaciguaban al atravesar hembras mitad pájaro, pez o fiera, y los corsarios dibujaron en planos de prodigiosos tesoros partes disgregadas de un escarabajo que sólo hábiles truhanes podían reconstruir para que la clave fuera entendida al trasluz, es decir, es-cara-abajo; y hubo endemoniados de sectas aberrantes que vieron en el escarabajo el signo que los condujera al conocimiento del misterio y que sólo encontraron, en la contemplación de este insecto, el espejo devastador de sus sueños repugnantes.

Y le cuento, Profe, el ambiente de La Sevillana: aburrido, situación: nelson y había ganas malditas de no sé qué hacer, y la noche, virgen y uno pudriéndose por las puras huevas ahí sentado; las mesas estaban repletas de chicheros alharaquientos: cafiocas esquineros con casacas de colores, botines y pelucones, de mesa en mesa, gorreando trago, quemando motores para estar en onda a la hora de las ricas; conocidos del billar: obreros, lanzas, pescadores, en mangas de camisa, tranquilinos, tirando sus alcoholes y sus dados sabatinos; blanquitos empilchados, gritones, que iban o venían de matrimonios o cumpleaños, y esto me recuerda, Profe, que una noche llegó el Negro con varios amigos bacanes y traían una torta, ¿de dónde la sacaron?: sencillo, Profe, unas gilas de medio pelo, de callejón, por dárselas de señoritas decentes de su casa y por si agarraban plan de casorio con algún blanquito del barrio, los habían invitado a su tono, y los muy sabiditos chuparon, tragaron, paletearon riquísimo y a las finales meten lío y salen robándose la torta, y esto, Profe, sucede siempre con la gente que no sabe darse su lado: pobre con pobre, lo otro es una huevada, si le contara todo lo que he visto en mi

barrio, pero mejor sigo con mi chamuyo: y entonces la Vieja dijo: vamos, y se puso de pie; se pagó la dolorosa y salimos: en la puerta gran escándalo de rocas: luces y motores encendidos, claro, Sevillana: punto de enlace, y Leopardo luquea arriba y abajo la calle: ni el polvo de su Azucena: me quito, dice, y nosotros, que vamos, y él: desde el lunes chambeo y tengo que estar en forma, el físico, compadre, se golpea el pecho y se va silbando con las manos en los bolsillos; a Zapa lo dejamos en su casa: estaba demasiado droga; y la Vieja me dice: a Palermo, ahí debe estar Oswaldo, y el roca se enfila, dueño de avenidas, fiero, hacia el centro, y ya como a las doce de la noche cuando llegamos a Palermo: Oswaldo, Revólver, el Chajujá y otros que no conozco discutían de política entre cerveza y cerveza, y nos sentamos, el ambiente de Palermo no me gusta: puro intelectual que hablan en difícil y de cosas aprendidas en los libros, con eso no atraco, Profe, el asunto es hablar de lo que uno vive, y le dijimos a Oswaldo para ir a otra parte: ya nos vamos, me tienen que llamar por teléfono; y trago que viene y trago que va, y la noche se quema por gusto, y sábado, Profe, y yo que me dormía aburrido, ¡ya está!: aburrido viene de volverse burro, uno en esas situaciones, asno, Profe, pero de pronto la cosa se pone de candela y Oswaldo no sé por qué dice: en la universidad casi todos los profesores día a día se cagan en sus principios y sólo buscan acomodo de puesto y bonificación; y un flaco patilludo: es la crisis total, pero esta Junta Militar ha venido a poner orden; y Oswaldo: ¿para quién?; y el patilludo: para todos; y un chino lentejudo:

si es para todos no es para nadie, te olvidas de las clases sociales; y Oswaldo: todo está jodido moralmente menos el pueblo; y un cara de abogado: ¡estás! ¿no estás viendo que los pobladores de una barriada le han puesto el nombre y apellido de un general a su pueblo joven?; y Oswaldo fuma que fuma: están desorientados, como también la clase media que de tan cojudos creen que esta es su revolución; y el patilludo: y lo es, ¿o crees que la recuperación de la Brea y Pariñas, la Reforma Agraria y la comercialización de los minerales y la harina de pescado y para qué contar el control absoluto de divisas si es mantequilla?; y Oswaldo: medidas de ahogado para contener la auténtica revolución popular, sólo hay un simple desplazamiento de poder y nada más, las verdaderas revoluciones no desplazan sino que aniquilan de raíz el poder anterior; y el flaco: con calma, ya verás, si en la Junta hay militares progresistas; y Oswaldo: la política no es el juego de buenas o malas intenciones, es la lucha de poderes; y el lentejudo: cierto; y Oswaldo: estamos al borde de una guerra civil y los de arriba se preparan de lo lindo aceitando toda una maquinaria represiva, ¿contra la oligarquía?, ¡la hueval!, todo está jodido; y el patilludo; procedes con esquemas y esta revolución los ha roto, tienes anteojeas; y Oswaldo: se aproxima una noche de San Bartolomé y los primeros en caer seremos los escritores que tenemos mal oído para las marchas militares, esto será otra Indonesia; y el patilludo: sueñas, pero si son malos escritores, ahora o después, aquí o más allá, que se jodan; y Oswaldo: no me hables de los malos escritores

que siempre con cualquier gobierno están con los de arriba, esos cojudos emplean diez minutos al día para cagar poemas o cuentos y el resto del tiempo lo utilizan para hacerse propaganda o asaltar columnas de crítica y asegurarse sitios en antologías y revistas, esta revolución está hecha a su medida: no arriesgan nada, pero hay que ver los puestos que se manejan, ¿y qué poe-mas o relatos han escrito en defensa de la Junta Militar?, ni mierda, conchudos, porque en el Perú el que menos es un sabido o pendejito de mierda, el asunto está en no serlo, pero tampoco a uno lo van a tomar de cojudo, y ahí se está luchando día a día para vivir con hombría; y el patilludo: te equivocas es que; y Oswaldo: son mierdas; y el Patilludo: si no dejas que hable, ya te escuché, ahora, escúchame; y el Chajuá: todos ustedes son unos teóricos de mierda; y uno cara de brujo, levantando los brazos: el ministro general pidió sobres redondos a su secretaria y la secretaria le contesta: mi general, sólo conozco sobres cuadrados y los otros largos para oficio, y el general: y entonces, carajo, ¿en qué se envían las circulares?; y por fin a Oswaldo lo llaman por teléfono, se levanta, camina hacia la caja, habla, vuelve y nos dice moviendo la cabeza: nos vamos; y salimos de Palermo con el Chajuá, Revólver y la Vieja; subimos al auto, ¿tienes algo que hacer?, le pregunta Revólver a Oswaldo: sí, pero puedo llegar a cualquier hora, ¿a donde vamos?; y la Vieja: al Sitio, ¿está bien?; bueno; y el roca se enfila veloz hacia La Victoria; entramos al Sitio, un bar: radiola, sapo, cubiletes, y Revólver pide su media botellita de pisco y nosotros jugamos un par de

cervezas, y los dados y los vasos que vienen y van; y Revólver que no quiere jugar y está triste y el Chajuá entre tirada y tirada de cubilete le palmetea el hombro; ese sí que es ambiente, Profe, radiola a todo volumen y todos gritan y toman y juegan; y Revólver guarda los dados en el bolsillo y está por irse en plan de llanto y el bolero de la radiola es triste y Revólver hasta su remaceta: yo la quiero; y el Chajuá agarrándole el brazo: mire usted, compadre, póngase bonito y olvídense de todo; y Revólver: no es por nada, decía, pero a ti, Oswaldo, te consta: ¿acaso no me puse firme con la chamba que me conseguiste?, y todo por ella, y tú, Chajuá, sabes que me la saqué de su casa y le puse un departamento bacán, tú Vieja, lo conoces, di: ¿bacán o no?, ves, Oswaldo, no te miento, pero ella que quiero esto y lo otro, y se chamea duro hasta casi quemarse los plomos y el molido que sacas a fin de semana ni para el papeo, ¿es así o no, Zambo?, y ella con antojitos de millonaria y que en mi casa no me faltaba nada y que yo solita no más soy la culpable por hacerte caso y que ni vestidos tengo y que mira cómo me tienes y que de tanto cocinar y lavar hasta fea me estoy poniendo para que luego me salgas con el cuento que ya no me gustas y te vayas con otra más bonita, eso sí que no, y a veces, Oswaldo, me daban ganas de pegarle, pero no sé qué mierda me ha hecho para que la quiera tanto, allá en el Cerro me torturaban, pero esos conchesumadre nunca pudieron arrancarme ni una sola lágrima y ahora mira, Oswaldo, como lloro, salud, mando a la mierda la chamba, me encollero con unos patas de Pamplona y un solo golpe,

pero de los buenos, saco mi capitalito y a meterse en cualquier negocio que rinda para que a ella no le falte nada y toda una noche con los huevos en la garganta. Chajuá, abriendo una caja fuerte y a las finales algo tiene que fallar y los tombos y a correr con el bollo y un balazo casi me deja corvina, y vuelvo al departamento como a eso de las seis de la mañana y la despierto y tiro al aire los billetes de a quina, y saca tu cuenta, Vieja, más de lo que hubiera ganado en tres años de chamba honrada, y ella que abre los ojos, ve el suelo regadito de billetes y ni la tos y yo hecho un cojudazo: pídemelo lo que te dé la gana, ¿y sabes, Oswaldo, lo que me pide?: un chifa, te imaginas, un chifa y a las seis de la mañana, un chifa, ¡carajo!, ni brujo que fuera para conseguirle chifa a las seis de la mañana y domingo todavía, lo hacía por joder, pero se ha olvidado que yo soy Revólver, me meto así de billetes al bolsillo y antes de salir no sé por qué le digo: pero te limpias la boca con kolinos, y ahí me tienen tocando puertas y puertas de chifa y nada, toditos están cerrados, hasta que por Manco Cápac un restaurant de chino y de frente hasta la cocina: prepara chifa, le ordeno a un chino cocinero y el gramputa riéndose me pregunta si estoy loco, y yo me caliento, saco mi revólver, lo encañono y le tiro a la mesa el rollo de billetes: rápido, sino te enfrío, y el chino asustado ojo y ojo a los billetes comienza a preparar arroz chaufa, y mirarlo era como cagarse de risa, con el paquete de comida salgo y en taxi me vuelvo para que no llegue frío, y díles, Chajuá, qué pasó, salud, esta noche me deschucho con cualquiera, se había largado, cuñao, con todas sus cosas, sin

dejarle siquiera un papel, eso no se hace, compadre, y salgo a buscarla y nada de ella, ni en su casa, y una amiga vecina me dice que le dijo antes de irse: qué se ha creído ese atorrante venir así porque sí que me limpie las muelas con ace; y le digo, Profe, que Revólver lloraba: y hasta ahora no aparece, una semana sin ella y todo el departamento huele rico a ella y los billetes por las puras siguen en el suelo y es jodido, Oswaldo, sé que ella es una mierda, que se ha portado mal conmigo, pero, dime, cómo chucha la olvido si ella es como una parte de mi cuerpo; y nosotros Profe, qué podíamos aconsejarle, en estos casos lo único que queda es la compañía, y una noche Oswaldo dijo en La Sevillana: si tienes pulmonía o la enfermedad que sea, todos te cuidan, pero si estás sufrido de amor a nadie le interesa, te jodes solito, y Profe, he estado pensando mucho en esto: si se cae enfermo, médico y farmacia, pero si uno está templado, no hay médico, ni inyecciones, ni pastillas que lo curen, y recuerdo, Profe, cumpleaños de Marina, el mes pasado no más, y ya por medio año que ni saludarnos, me hacía esperar por gusto en esquinas y plazas y puertas de cine y ella mientras tanto planeando con cualquier punto que le dejara sus chibilines y yo hecho un reverendo cojudo, pero para qué, la seguía queriendo y aprovecho su santo para hablarle, la espero en la esquina y Marina que sale y yo que me acerco y ella: habla rápido, tengo que hacer; y yo: por tu santo, y le alcanzo un paquete con un collar que se lo había comprado con lo que saqué trabajando duro en un taller, y ella que ni lo mira, lo guarda en su cartera y desesperada por

irse: gracias; y yo: quiero hablar contigo; y ella: comprende, ¿no ves que tengo que hacer?; y yo: Marina; y ella: será para otro día; y yo bajo la cara y ella: ¿te has molestado?; no, apenas si le contesto, y Marina que se pone el dedo en la boca: ayer todo me salió torcido, fastidiada golpea el piso con el taco, y tengo que sacar una falda de la costurera, mueve la cabeza, y no tengo con qué y la muy perra si no le pago no me lo entrega, se muerde los labios, ¿me puedes ayudar?, al fin y al cabo somos como hermanos, mirándome de reojo, y yo que meto la mano al bolsillo y cuento los billetes que había separado para invitarla al cine y luego a comer, y ella: si mañana te lo devuelvo, ahora no puedo estar contigo, unas amigas me dan una fiesta, mañana nos vemos a las seis y media en el cine Pacífico, sin falta; y yo: es que pensaba que ahora; y ella: pero si te digo mañana, además quiero hablar contigo, ya estoy aburrída de la vida que estoy llevando, quiero volver a estar contigo; y yo saco los billetes y se los entrego, sus ojos le brillan y me dice: mañana, sin falta; y yo: Marina, si tienes pensado no ir mañana, mejor es que me digas ahora, no te obligo a nada; y ella guardando el dinero en la cartera: te digo que mañana; y yo: ya me has hecho esperar tantas veces por gusto, Marina, que tengo miedo que nuevamente te estés burlando de mí; y Marina riéndose: si no voy me escupes en la cara, y desesperada ya por dejarme parado en la esquina, y yo: Marina; y ella: mañana hablamos, y se va y yo contento me voy a chupar con mis carretas y no puedo dejar de pensar que nuevamente Marina será mi gila, me pongo a chamber y

la saco de maroca, mi esposa, Profe, y al día siguiente a las seis y media en punto en la puerta del Pacífico y es verano y los minutos lentos y Marina no aparece, por entretenerme con algo cuento los ford que pasan, camino de un lado al otro y Marina no llega, cuento palitos de fósforos, miro el reloj: un cuarto para las siete y Marina no llega, y el calor se revuelca en mi pecho y ya no sé qué hacer y Marina no aparece y ya las siete en punto y de Marina, nada, y cuando contaba esto, Oswaldo me decía: comprendo, es como si a uno le sacaran la piel y luego le clavaran sobre la carne viva alfileres calientes, es como si toda la mierda del mundo cayera sobre uno, entonces, ya no se siente dolor, uno mismo se ha transformado en el dolor; y le cuento, Profe, que me fui al barrio y me amanecí ahí en la esquina chupando con unos patas, y serían como las siete de la mañana cuando se para un auto frente al callejón: tres marceas con sus giles borrachos, y baja Marina, el auto se pierde veloz por la avenida y un carreta comenta: seguro de La Rica: y se me abre el pecho en herida, y camino hacia la puerta del callejón: tremendo escándalo con el padrastro: ¿qué te crees, puta de mierda, que este es un hotel? ¡fuera!; y Marina que le grita: algún día sabrás quien soy yo; mientras su vieja le entrega una maleta y Marina: chao, mamá, y a su tecló: estás picón porque no te doy bola, y sale furiosa, apenas si me ve: borracha, pálida y con olor a La Rica; yerba, chucha, pinga y alcohol, y yo que la detengo: Marina; y ella: ¿Marina?, Mery, ¿entiendes?; y quiero escupirle la cara pero me da pena: ya está jodida, pienso, y hay que resignarse; pero,

Profe. no quiero amargarle la noche con mi templadera, salud, y sigo con mi telenovela: el Sitio ya aburría, salimos y Revólver sufrido hasta la remaceta estaba el pobre que mancaba, y la Vieja: ¿ahora a dónde? y yo: al barrio, a lo mejor agarramos situación en el tono de la Calamar; y el roca nuevamente dueño de avenidas, se reposa, nadie habla; por no perder la costumbre, damos nuestra vueltita por La Sevillana, bajo del carro, entro: no hay ningún patero, salgo: no hay nadie, digo y me meto al auto que enfila hacia el barrio, la Vieja frena violento en una esquina, el Poeta arrimado a un poste: ¿qué pasó?, sube; ¿y el tono de la Calamar?; y el Poeta ya dentro del auto: como más de una hora que murió; y la Vieja: ¿bajamos a La Rica?; soy materia disponible, dice el Chajuá, y el auto ruidoso por una avenida y Oswaldo riéndose: dulceacuícolas; y yo: ¿dulce qué?; dulceacuícolas, ¿acaso no viven en el agua dulce?; y nos carcajamos mientras el roca veloz desciende a la playa por la quebrada de Armendáriz, y el Poeta nos cuenta: esos cojudos no tienen bandera, yo no quería jalar con ellos, pero ya lo conocen cómo es Pisquito, me sacó con engaños: vamos, cuñao, una vuelta por el Contry y volvemos; y huevón, atracó y con el roca de Lelo damos vueltas y vueltas por el Contry y nada de marceas, y Pisquito como si hubiera recibido el desengaño más grande de su vida dice: ¡la cagada!, ni una sola rica; y Miquey: tú, si te estoy diciendo temprano y agarras trago y ya ves; y Pisquito: ¿estás loco?, para sábado temprano, seguro ha habido batida; y el Selvático: al Bote; y Pisquito: la hueva, no quiero bronca; Lelo, a Chorrillos a donde el Manso;

y el Poeta: ¿para qué lo van a joder al Manso?, me dejan en La Sevillana; y le cuento Profe, que el Manso es un cabro que para en una cantina de Chorrillos, y Lelo, Pisquito y el Selvático tienen la costumbre de buscarlo cuando no agarran situación, y se lo viven con trago, comida, cigarros y sencillo para radiola y luego de bolsiquearlo y dejarlo limpio de molido me lo dejan botado en cualquier esquina; y el Poeta seguía contando: entonces Pisquito al ver que yo no atracaba con el plan de ir a joder al Manso, dijo: vamos al Fredys; y el roca cruza la Avenida Arequipa; Miquey a gritos saca la madre a todo gil que encuentra; Lelo parquea frente al Fredys y Pisquito me dice para bajar con él, ese nunca da un paso sin patero, salimos del roca y al querer entrar a la boat un zambo vestido de mariscal nos detiene: sólo parejas; y Pisquito le pregunta por la Nely, y yo nada cojudo: ¿Nely?, la Pota, compadre; y el zambo mariscal riéndose: ahí está con su marido; y Pisquito: entro y la llamo; y el mariscal mueve de un lado al otro la cabeza y Pisquito adulón: entonces, patín, dile que estoy aquí; y el zambo caliente: busca tu peje en otro sitio; y yo por lo bajo le digo a Pisquito: ¿no me has dicho que eres el marido de la Pota?, y Pisquito entrecerrando los ojos: yarayara, cuñadito, no jodas; en ese momento de un auto baja un gil con una maroca y Pisquito se acerca y le dice al gil: qué tal, dile a Nely que estoy aquí; y a la maroca se le salen los ojos de tanto luquear a Pisquito y el gil se da cuenta: vamos, le dice agarrándole el brazo, y Pisquito: dile que estoy aquí; y el gil con su maroca entran a la boat, nos vamos a un poste a orinar

y luego espera que te espera y desde el auto el Selvático: vamos al Bote; y hasta que por fin sale la Nely con la Magal, y Pisquito: ¿con quién andas?; con nadie, si estoy sola; sí, conchetumadre; ya, para que veas, con mi antiguo marido y no te me amargues; ya te he dicho que no quiero que estés con él; y la Pota: ¿qué tienes?; y Pisquito golpeándose el pecho: yo soy tu único marido; y la Pota con las manos en la cintura y botándose el cabello hacia atrás: ¿tú?, ¿mi marido?, ¿estás loco?, y Pisquito dándole dos bofetadas: otra vez que a tu chucha le entre comezón por mi pinga, no me busques, te vas a la mierda; y el zambo mariscal que se acerca: vayan a joder a otro sitio; y las ricas se retiran a un lado y Pisquito echando bilis transpira agitado, el Selvático, Miquey y Lelo ya están fuera del roca, la Pota llorosa, aprovechando la luz del aviso luminoso de la boat, con un espejito en la mano, se arregla el cabello, mientras la Magal la consuela; ¿qué pasó?, pregunta el Selvático; nada, contesta Pisquito, ven, y lo lleva a donde las marocas: Nely, dale un beso a mi pata; la Pota resentida guarda el espejito y sumisa le besa la cara al Selvático; en la boca, le ordena Pisquito, y la Pota, perrita, lo jetea rico al Selvático, y a Pisquito le brillan los ojos, las aletas de la nariz le tiemblan y arrechó levantando los brazos, cochineándose: con lengua, con lengua, grita mirándolos, y el Selvático que taconeá de gusto, y la Magal que le agita el brazo a la Pota: escóndete, escóndete; y todos miramos la puerta del Fredys: Cucho con varios amigos está saliendo, y la Pota asustadísima, como si hubiera visto al mismo diablo calato, corre y se

esconde detrás de un roca, y yo que me acerco a Pisquito: si es tu hermano; y había que verlo a Pisquito, pálido, cadáver: ese es un huevón, respira hondo, levanta la cara, yo se la quité, y entrecierra los ojos; nos vamos al auto de Lelo: Pisquito y la Pota suben atrás, y Lelo: falta gasolina; y casi en coro las dos ricas: no ha habido plaza esta noche; y Pisquito: ya se lo diste todo; y la Pota: no te miento, si quieres le preguntas; y Lelo: ¿cuánto hay?; y el Selvático y Miquey: si estamos misios; y yo nada cojudo: si están cagados, tanta huevada que soy marido de la Pota y yo de la Magal y a las finales sus putas no les rinden ni para gasolina; y la Pota que se me encabrita: ¿y este piojoso qué hace aquí?; ¿yo?, miro las estrellas, puta de mierda, y además no ando con cagadas, le contesto; Lelo, Magal y Miquey se acomodan adelante; y el Selvático: ¿y nosotros?, Lelo enciende el motor: se joden, grita y sube la ventanilla y pateamos al roca que parte, y nos dejaron ahí botados, sin medio en el bolsillo, y a tirar patita hasta el barrio, pero menos mal que por la Arequipa se detiene un auto: chivo, compadre, me dice el Selvático frotándose las manos, hasta que por fin agarré situación, y se lame el labio con la punta de la lengua, a mí me dejaron por el barrio, termina de contar el Poeta y la Vieja parando su roca en La Rica: esos no tienen bandera.

—Y el escarabajo hizo su pelotita de excremento, la subió por la cuesta, empujándola cruzó en línea recta la pista y ahora está frente a los otros escarabajos.

—Este calor me ahoga.

—¿No te interesa lo que hemos visto?

—No.

—¿Porqué?

—Todo se repite igual para nada.

—Fíjate cómo los otros escarabajos están subiendo por la pendiente.

—Le quitarán su mierda.

—No, comerán todos por igual.

—Nunca ha sido así.

—Podrá ser.

—Yo no creo en nadie.

—No quieres creer.

—Invítame un cigarro.

—Toma.

—Fósforos.

—Se me han caído.

—Lástima.

—Ya llegaremos.

—Quería quemar a tu escarabajo.

—¿Porqué?

- Es el momento preciso.
—¿Para qué?
—Hay que quemarlo antes de que sus compañeros por un poco de mierda lo maten.
—No lo van a matar.
—De todas maneras se le evita el dolor.
—¿Dolor?
—Ahora tú eres el que no comprende.
—¿Qué?
—Sufrirá al comprobar que su gran hazaña no interesa a nadie.
—A mí, sí.
—¿Y qué le puede importar eso al escarabajo?
—Mira cómo levanta sus antenas.
—Lo único que les interesa es la mierda.
—Lo están rodeando.
—Hay que matarlo.
—No, no lo aplastes.
—Eres sádico.
—¿Yo?
—Muerto no sabrá nada.
—Espera un momento.
—Mejor que muera sin darse cuenta de nada.
—¿O sea que tú eres el Dios del escarabajo?
—Tú también.
—No, no lo pises.

La especie humana, durante siglos, fue diezmada por la acción parasitaria de infinidad de insectos; para defenderse de éstos, el hombre elaboró un mecanismo que lo impulsa a aplastar a todo ser vivo pequeño que se arrastra por el suelo, o trepa por su cuerpo, o anida en sus cabellos, pero ahora el hombre ha eliminado la amenaza destructora de estos bichos; sin embargo, comprobamos que en nuestro inconsciente aún subsisten residuos de ese deseo voluptuoso de ataque que nos deleita al oír el rechinar de cascaritas que se quiebran, ruido asqueroso que araña nuestra piel, o ver la sangre viscosa que estalla de cuerpos blandos reventados, pero también, los insectos han creado múltiples formas de vida que les permite detener en el hombre su obsesión de muerte; por ejemplo, hay un tipo de escarabajo de colores repulsivos que, cuando se ve amenazado, torna su aspecto nauseabundo en delicada semilla de colores calientes que nos impulsa a inclinarnos y levantar esa gotita iridiscente que luego engastaremos en plata y oro; hay también otro tipo de escarabajo de colores vistosos que nos atrae y que lo dejamos caminar por el dorso de nuestra mano, pero si muere se transforma en asqueroso bicho de humedad fétida, todo esto

nos hace comprender cómo el deseo de vivir destruye la propia destrucción.

¿Dos cervecitas más?, sale; Caimán; y sigo con mi cuento: le decía que llegamos a La Rica, salimos del roca y en plena pista una bronca de las buenas y patrullero que llega y se carga a tres giles llenos de sangre, entramos a Mi Bohío: casi oscuro, media luz verde y roja, repletito de chicheros, cabros y marceas, y en la radiola a todo volumen una sabrosa cumbia de letra lisurienta, por suerte encontramos mesa vacía cerca del mostrador: tres heladas, pide Oswaldo, y hay que pagar por adelantado, y en eso que entran cinco ricas: botas y minifalderas, con sus cafiocas esquineritos, y de frente se ponen a marcar el paso de la cumbia, y aparece Marisol; Caimán, dos más; una loquita, de chibolo pata con él, y no se le notaba raro, al contrario, Profe, trece a catorce años, capo de la collera, y como gatos nos hacía arrastrar por azoteas hasta donde la Haydé, un bulín de lolitas que atendía sólo por las tardes, y desde una ventana nos hacía luquear: qué tales planes de chibolitas con viejos, y él: que a esa yo me la pirobeo allá por el malecón y me suelta molido, nos contaba sacando billetes de los bolsillos, y nosotros que lo mirábamos con respeto, un día su vieja se cambió de barrio y no lo volvimos

a ver hasta este último verano que apareció de Marisol por La Rica, al comienzo se arrojaba él solito haciéndose el que no nos conocía, luego le llegó al huevo: nos pasaba la voz y hasta se tiraba sus tragos con nosotros, y el conchesumadre bien pintado y pantalón que le revienta en el culo me dice para bailar y yo que atraco y cambiando le pregunto de por qué se ha vuelto así, y él agitando las manos en el aire: cosas de la vida, me dice y recuerda la vez que le sacó la mierda al Selvático por una gila, y está que mueve las caderas como puta, y yo que le pregunto por su vieja, costurera que nos regalaba dulces: ya dejé la casa, me contesta y sigue cambiando con los ojos cerrados y está triste y no sé qué decirle, termina la cumbia y con la punta de un dedo se limpia una lágrima que le está malogrando el maquillaje, me acompaña hasta la mesa, saluda y se va: favor a un pata de infancia, digo y me siento; Revólver con un vaso de cerveza terminó por mancar, el Chajuá se ha conseguido su morena y está que le da duro a la cumbianga, Oswaldo, el Poeta y la Vieja hablan sobre los jipis: en los Estados Unidos, dice Oswaldo, son jóvenes que han mandado a la mierda todo, que no quieren morir por las huevas en Vietnam y que se interesan por los negros y los latinoamericanos; y el Poeta: y la peluca es un símbolo, mira, Zambo, me dice, ¿qué es lo primero que te hacen los milicos de cualquier parte del mundo si te levantan?; fuera peluca, contesto; y Oswaldo: claro, el verdadero jipi está contra el militarismo, pero, aquí, no, Vieja, la peluca es nada más que moda, conozco a pelucones que todavía no han terminado

media y están pensando en ingresar a la naval y si cometen algún desarreglo y van a parar a la cómica: que voy a llamar por teléfono a mi tío general o a mi cuñado almirante, y ¿jipi?, no me jodan, y hasta te defienden a la Junta Militar de Gobierno; y la Vieja: allá el ácido o la yerba, fuga de la alienación, y aquí: carrosel y de colores; y luego se ponen a hablar de los cafiocas esquineritos: son el producto de toda esta mierda, dice Oswaldo, y cada vez se hunden más y a nadie le interesa: la libertad, compadre, de hacer lo que a uno le da la gana; y el Poeta: ¿libertad?, si están esclavos; y no hay solución, dice la Vieja; y Oswaldo: si pudieran creer en algo, se salvarían, pero están alienados y tienen miedo de pensar en ellos mismos y sólo viven en busca de situación; y yo: cuando lleguen a los treinta cambiarán; y la Vieja: imposible, si no saben ganarse la vida en nada, sólo putería y trago; y Oswaldo: para hacerlos útiles hay que cambiar todo en este país de mierda; están jodidos, dice el Poeta, no tienen bandera; y Oswaldo: la tienen, pero para sobrevivir a su manera: empujando mierda; y el Chajuá que trae a la mesa a su morena y a dos ricas minifalderas, y se baila y se toma y el que menos hambriento quiere sacar situación, Revólver despierta y se va al baño, cuando en eso bronca cerca de la radiola: Revólver se defiende de dos cojudos, saltamos, pero tarde: le han partido la nariz con una silla, y al vernos, salen a la carrera, y nosotros tras de ellos, se meten rápido en un roca que parte veloz en dirección a La Herradura: es el negro Julián con su hermano, dice Revólver, todo el mundo está afuera: las ricas cuidan a

sus cafiocas, Revólver con el pañuelo empapadito de sangre en la nariz, las locas: a la Asistencia, gritan y chillan, los chicheros comentan el incidente y por entre la neblina ya se acerca un patrullero, y el Flaco Mario, un pata del barrio: sube, vamos a buscarlos, le dice a Revólver abriendo la puerta de su roca, y el auto de la Vieja que no arranca, y Revólver y el Chajuá se meten al auto de Mario; y yo: los seguimos, grito empujando con Oswaldo y el Poeta el auto de la Vieja que no arranca, y los tombos que ya bajan del patuto, y chicheros, marceas, cafiocas y locas entran a Mi Bohío; se prende el motor, subimos al auto corriendo y dejamos La Rica: la neblina está tupida, un auto tocando bocina nos pasa en una curva y medio que resbala al mar: ¡cuidado!, dice Oswaldo, me he soñado con un accidente y era todo sangre, aquí, en la última curva, bajando a La Herradura; y la Vieja disminuye la velocidad y el asfalto como jabón que tira en dirección al malecón y la neblina espesa que no deja ver nada y la Vieja que mete freno a fondo: su roca patina en zigzag y se detiene a la vuelta de una curva: el auto que nos pasó clavado en las rocas, la Vieja deja los faros encendidos y nos bajamos: entre la neblina apenas iluminada, Pisquito atontado con sus dos manos se palpa el cuerpo, su camisa llena de sangre, más allá Miquey se acomoda los lentes, y la Pota y la Magal abrazadas, sentadas en el malecón, están que lloran, frena un auto y bajan dos señores como de cuarenta años; la Vieja, el Poeta y yo tratamos de abrir la puerta delantera para sacar a Lelo que está con el timón retorcido casi metido en el pecho y la cara

llena de astillas del parabrisas que ha quedado molido como arena brillante, y Oswaldo, con las manos en los bolsillos y un cigarro colgado en la boca, mira como asustado; al día siguiente, ahí, en el malecón del barrio, contaba: igualito a mi sueño, la neblina, la luz amarilla de los faros, abajo La Herradura y el ruido del mar y no había qué hacer, todo estaba paralizado como cuadro fijo en el cine: tú, la Vieja y el Poeta cargando a Lelo, la cara ensangrentada, mirando ya como muerto, Miquey con sus ojos de ratita sin tener qué ver, tonto, Pisquito pálido como si saliera de una pesadilla pensando en no sé qué cosas, y las ricas abrazadas, como gatitas, frente a la muerte, cogidas en una gran trampa, sin saber a quién pedir ayuda, nunca en mi vida había visto la soledad tan concreta, tan física, que se podía tocarla con las manos, y tuve miedo no sé de qué; y le cuento, Profe, que era muy difícil meter a Lelo en el auto de la Vieja, le venía vómitos de sangre y ni se quejaba, y la Pota que se pone de pie y corre desesperada hacia donde Pisquito, lo abraza y llorando le dice: en una semana, tres choques, ¿qué nos pasa, Cucho?; y Pisquito furioso golpeándole duro y seguido la cara: yo soy tu marido, putemierda, ¿entiendes?; y la Magal que se acerca cojeando a defenderla, Pisquito mete las manos en los bolsillos, levanta la cabeza, entrecierra los ojos y se queda respirando agitado, al día siguiente Oswaldo decía: creo que Pisquito, ahí, en la bajada a La Herradura, comprendió lo que era, pero tuvo miedo y volvió a perderse por esos callejones con puertas cerradas y se sintió más aplastado que nunca, atemorizado de pensar en

él mismo; por fin pudimos acomodar a Lelo dentro del auto de la Vieja; yo y tú, dice la Vieja señalando al Poeta, no entran más; y tenemos que empujar nuevamente el auto para que arranque, y uno de los señores le pregunta a la Pota: ¿estás herida?; y la Pota: no es nada, ¿Magal, cómo te sientes?; y la Magal: creo que estoy por botarlo, dice pujando y muerde histérica su pañuelo; las llevamos a la Asistencia, dice el otro y las dos ricas entran al auto y nosotros bajamos a La Herradura: por delante, yo y Oswaldo; por detrás, Miquey y Pisquito que va taconeando fuerte el asfalto mojado de neblina, y Oswaldo: ¿escuchaste?; ¿qué?; alguien que dijo: quédate, no te comprometas; y yo, algo escuché; ¿quién fue?; no sé, le respondo y ya estamos cerca de La Herradura: bares iluminados con luces rojas, azules, verdes, como manchas por la neblina.

- No lo aplastaré.
- Espera, que los escarabajos suban la pendiente.
- Tiene miedo y esconde su pelotita de mierda.
- No es miedo, es alegría.
- ¿Entonces, porque está tan quieto como muerto?
- Espera a sus compañeros.
- Ya le será difícil volver a cruzar la pista.
- Suben en formación casi militar.
- Claro, para la batalla final.
- No, son ordenados.
- Ahora, fijate, cómo comienza a dar vueltas sobre sí mismo.
- Se alista para entregar su trabajo.
- Bajo este sol huelo a muerte.

Los escarabajos viven en el agua, sobre la tierra y en el aire, anidan en el excremento, en la madera, en los huevos de otros insectos, en los cadáveres, dentro de frutas, sobre los lomos de hormigas y abejas, en la ropa, en los libros, en animales disecados y todo lo desquician; los escarabajos no forman colonias, ni familias, sólo se juntan para compartir la comida y algunos de ellos pelean a muerte por un poco de carroña; los escarabajos copulan como los seres humanos y emplean sus potentes cuernos para conquistar hembras; los escarabajos se introducen en muebles o cabañas y pacientemente van carcomiendo la madera con un ruido que es el anuncio de la muerte hasta que muebles o cabañas se derrumban en polvo; los escarabajos invaden las ciudades y corroen cables eléctricos; los escarabajos viven con el hombre y le contagian su pernicioso modo de escapar de la muerte para seguir gozando de su apetecible existencia al margen de lo puro.

Y la neblina era más espesa y los alcoholes ya me estaban pasando, caminábamos rápido a La Herradura y Pisquito taconeaba cada vez más fuerte el asfalto, volteo y le pregunto: ¿cómo fue?; Lelo que se las quiere dar así porque sí trompe de la caña y a toda velocidad y en curva peleándose con este a la Magal, me dice señalando a Miquey; y por joderlo le digo: ¿y la Pota?; y Pisquito me responde con un gruñido, y le cuento, Profe, la Pota a los quince chibola mamacita, dicen: a todos los sapos de su barrio de La Victoria me los tenía sufridos, y una noche con uno y la otra noche con otro, y sólo plan de jeta y paleteo, para pasar el tiempo, hija, todos son unos cholitos, no me creas tan caída, dos años más y de novia con un muchacho decente: alto, blanco, rubio, ojos azules y mirafiorino con auto y todo; y una amiga de su Unidad Escolar que la inquieta desde hace tiempo: si no sales del barrio te vas a ahuesar, yo con tu cuerpo no estaría perdiendo el tiempo con tanto mocoso, si quieres te llevo, vieras que la señora es muy buena y en tu casa ni cuenta que se van a dar, no ves yo, nadie me pregunta que de dónde saco la ropa que me manejo; y una tarde se encuentran en la Plaza frente a la Municipalidad, y

las dos: uniformes y cuadernos, toman colectivo, se bajan en la Brasil, caminan tres cuadras y entran a un chalecito: ya se la traje a la Nely, le dice la amiga a una vieja bien pintada que las hace pasar a un dormitorio bacán: pero que tímida que eres; y la Nely retorciéndose de vergüenza se desnuda; la vieja la examina, luego la perfuma, la viste con trajes finos y ajustados y mientras le pinta la cara: ya te enseñaré poco a poco a comportarte para que ganes mucha plata, pero eso sí cuidadito con decir; y la amiga le interrumpe: la Nely no es ninguna tonta; y la vieja; no está demás un consejo, si te preguntan en tu casa que de dónde sacas ropa y plata para tus gustos, una amiga que me presta y me invita, contestas; la deja en el dormitorio y al rato entra un teclo gordo con un vaso de güisqui en la mano, y ella que se muere de miedo y el teclo que le ofrece hasta el cielo y luego, luego, pitoncita se la come; así es, Profe, cómo suave la metieron al cuento a la Nely, y en su casa que comienzan a sospechar, pero qué chucha le puede decir su viejo si lo que gana con la venta de tijeras, cortaúñas, espejitos y condones por Colmena no le alcanza ni para parar la olla, y la Nely que da bastante molido para el diario y hasta compra ropa para toda la familia, y deja la Unidad Escolar y hace la vida que quiere, pero eso sí, que las vecinas chismosas no se den cuenta de nada, le dice su mamá, y la Nely siempre pensando agarrar en plan de matrimonio a un joven decente, pero sólo tiene que vérselas con viejos que ya ni pueden pirobeársela y así hasta que pasa los veinte y luego tardes íntegras sin hacer ni un puto medio: siempre están

llegando chiquillas de colegio y la competencia es fuerte, y la mami ya está que le pone cara de bruja; salud, Profe; un zambo vecino le echa el ojo: primero me la trabaja como templado y después se la pirobea haciéndole sentir lo que es bueno y como la Nely siempre con viejos se enchucha del zambo, joven no más, maceta y arrecho, y ella como perrita se va tras de él hasta los barracones de Bellavista, y las primeras semanas: maridito y mujer, pero se acaban los ahorros, y el zambo: no se vive del aire y los tiras me tienen bien parqueado; y me la pone a rendir en el Troca y cada noche le exige más y más plata y por cualquier cosita golpe que va y cachetada que viene y la Nely en venganza que da su chucha gratis a todo muchacho de tipo decente que la busca, y el zambo aburrido que se consigue otra chibola y a la Nely me la pone de patitas a la calle y tiene que buscar a otro cabrón, y la misma historia, y así de caficho en caficho, hasta que una noche llega al Troca un muchacho, chinito él y bien piedra, entra y lo recibo como a cualquier cliente, contaba la Nely en Mi Bohío, ya en la cama: ipapacito!, no sólo se daba su gusto, interesado en que también una goce y vieras, casi me vuelve loca con todo lo que me hizo, ¿y sabes una cosa?: ahí mismito que me encamoto, se viste y se queda tasándome y yo que me aso como cuando era chibola, y él sin sobrada, ¿adivina lo que me dijo?: que él era el Chino Carlos y que nunca acostumbro pagar y como me gustas puedo aceptarte un chifa, lo estoy viendo: sus ojos más chinitos y cómo se cochineaba con esa su risita al verme vestir rápido y en su roca nos fuimos a un chifa: hace tiempo

que te manyo, alcanzándome wantán frito con tamarindo, mándalo a la mierda al Zambo Felipe, poniéndome en la boca el wantán, ese es un pobre huevón, por las puras huevas te estás gastando en El Troca, sirve la sopa, te vienes conmigo y te pones a trabajar en un bulín de San Isidro, bacán, y ya verás: molido como mierda; y yo que subo y bajo la cabeza y él que me aprieta la mano: bueno, pero antes tengo que terminar poco a poco con Felipe; y el Chino Carlos: no, ahora mismo te vienes conmigo; pero tengo que sacar mis cosas; que se las quede de recuerdo; salimos del chifa y le digo para matar la noche en La Herradura: no me gusta ese plan, y me lleva a su departamento de un edificio por Jesús María, cruzamos la salita—comedor y al prender la luz del dormitorio dos fulanas se despiertan, me tasan, y el Chino Carlos, con el cigarro en la boca, desvestiéndose, me presenta: una hermanita más para esta mi pequeña familia, dice, y a una de ellas: Magal, duerme con Viky; la fulana se levanta, le da un beso en la boca y se va a la otra cama, me acuesto con él y nuevamente se ocupa conmigo: no se imaginan, lo papacito que era, me quedo dormida, tempranito me despiertan y el Chino Carlos, en calzoncillos, me dice que me quede así calata igual que las otras dos fulanas, y me hace doblar de un lado para el otro la cintura y un montón de ejercicios: hay que cuidar el instrumento de trabajo, dice con esa su risita medio cachacienta, luego nos duchamos y a tomar desayuno, hacía mucho tiempo que no me sentía tan en familia, y se conversa de todo y yo que me deschavo contando mi vida y el Chino

Carlos está que me mira y mira un poco triste, después salí al mercado contigo, Magal, ¿recuerdas?, ¿y qué me dijiste?, di: claro que recuerdo, que no debías tener celos si el Chino Carlos escogía a cualquiera de nosotros para ocuparse, que él sabía repartirse y que de vez en cuando le daba por juntar las dos camas y hacer cuanto hay y que luego pirobeaba con una y después con la otra y que era capaz de dejar felices en una sola noche a más de tres: hombres como el Chino Carlos nunca he conocido; y la Magal, ahí en La Rica, secaba su vaso de cerveza, nos vamos a buscarlo a Chimbóte, decía, y la Nely medio que lloraba, mandaba poner en la radiola un disco de Celina y Reutilio y se iba en plan de moco; otra noche, Profe, la Nely dijo que el Chino Carlos siempre decía que a las mujeres había que tratarlas como a bolas de billar: si tú pegas fuerte y sin saber a dónde, las bolas pueden salirse de la mesa y además puedes romper el paño, y esto no es de tromes, hay que saber taquear en el sitio preciso de la bola y con efecto y la carambola te sale limpiecita; por eso, decía la Nely, al Chino Carlos le gustaba vivir con tres y nos trataba como a señoritas de su casa, y comencé a trabajar en San Isidro y clientes bacanes y con molido, de tres de la tarde y a las diez moría el asunto y el Chino Carlos venía en su roca a sacarnos y a comer tranquilos y sin plan de cochinado y luego ya en nuestro departamento poníamos sobre la mesa del comedor todo lo que habíamos rendido y el Chino Carlos, sin quitarse el cigarro de la boca, en mangas de camisa, como empleado de banco, escribía números en un libro y repartía el molido: esto para la

letra del microbús, sabías que de tanto ahorro nos alcanzó para comprar un microbús, que lo pusimos a rendir en la línea Lima—Chorrillos; esto otro para el alquiler, las letras de la refrigeradora, la cocina de gas, el televisor, perfumes, jabones y vestidos; y esto otro para el diario, y le entregaba billetes a la Magal; lo de aquí para sus ahorros y panderos; esto para sus gustos y lo que queda para mí, y te digo que al Chino Carlos no le gustaba el plan de chicha, vicioso él por el billar, y comencé a vivir sin amanecidas, sin trago, sin droga y cada vez mi cuerpo se iba poniendo en forma, y no es pana, llegué a ser la mamacita de San Isidro y los clientes que se me peleaban y me acostumbré a vivir así, y claro, como en toda familia, no faltaban sus pleitos, pero el Chino Carlos nos ponía en orden sin pegarnos, él sabía manejarnos, él era muy callado y no sé cómo me enteré que había estudiado en San Marcos para ser doctor; cosas de la vida, decía cuando estaba un poco triste, también me enteré que su familia vivía por Lince, de vez en cuando desaparecía por más de cuatro días, ninguna de las tres le preguntábamos nada: sabíamos que estaba viviendo con su vieja y sus hermanas; un día, Profe, le cuento que la Magal me dijo: una tarde no sé qué tenía que hacer por Miraflores y lo veo en el Haití conversando con un señor, yo que me acerco y el Chino Carlos amargo hasta su cien me bota: cuando me veas con este amigo ni te me acerques, me dice, y no recuerdo quién me chismeaba que el tal amigo era un cabro y yo asadísima le sacó en cara que anda con chivos y el Chino Carlos furioso como nunca lo había visto me da una

cachetada y me grita: si quieres hablar de ese amigo primero tienes que lavarte la boca; fue la única vez que me pegó; y la Nely decía: él sabrá por qué hace eso, y se olvidó el asunto y seguimos viviendo como antes, pero un día aparece medio borracho: estoy harto, grita y se fue sin llevarse ni medio, lo esperamos como un mes, y del Chino Carlos ni el polvo, se preguntó por aquí y allá y nadie sabía nada de él y nuestra pequeña familia, como la llamaba el Chino Carlos, comenzó a irse a la mierda: vino la cochinada y lío tras lío, primero yo me uní con la Magal para hacerle la guerra a la Viky, luego la Magal con la Viky contra mí y cada una jalaba para su lado, yo me conseguí un amigo y todas las noches putería y putería ahí en el departamento, y hasta con policía nos botaron, se vendió el microbús y en menos de un mes rompimos el molido y un blanquinoso que nos estafa y nuevamente en la calle y a volver al Troca y de caficho en caficho, contaba la Nely en Mi Bohío; y viera, Profe, ya la Nely caderona, y la Nely, mamacita, murió; ahora, Profe, es la Pota, y un día que se aburre de trabajar por las huevas, vuelve a su casa de La Victoria y se instala independiente por el Contry: casi treinta y ya vieja, gorda, sólo trajina de noche y disfrazada de lolita para empelotar a puntos vegetales y pirobear en auto, pero se siente muy sola, extraña camote, claro, después de haber recibido pinga y más pinga sin amor quiere marido que la ame de verdad, papacito decente, y se enchucha de un cafioca esquinero, blanco, piedra, miraflores, nuevolo pelucón, que no le controla sus ganancias, que sólo le pide yerba, trago y de vez

en cuando una quina o pantalón o camisa, y la Pota feliz, independiente, hace lo que le da la gana con su molido sin tener que dar cuenta a nadie; pandero, libreta de ahorros, cooperativa, para cuando me retire, dice, y cocina de gas, refrigeradora, televisión y todo cuanto hay para cuando saque a mi familia de este barrio de porquería y nos vayamos a vivir a una urbanización de gente decente, le habla a la Magal, pero qué le puede importar los golpes y patadas de cañoca que sólo la maltrata; porque sino, Zambo, nadie atraca que tú eres el marido de esa rica y siempre es bueno tirarse su pana con los carretas del barrio, y una noche conoce a Pisquito: pelucón, camisa abierta en el pecho, pantalón ajustado y botines de gamuza con herrajes en los tacos: Cucho es tu hermano, ¿no?; y Pisquito tasándola suave con ojos medio dormidos baja y sube la cabeza y como está jodido de plata se hace enamorar, por la Pota que empelota a un viejomovilidad y con otras pamperas se lo lleva a La Rica y Pisquito apenas si habla y amaneciendo en un hotel del Porvenir: más callado, sumiso y arrecho que su hermano, y la Pota que se enloquece y piensa mandar a la mierda todos sus planes para cuando se retire; alquilar un departamento y vivir de firme con su chicoco de tipo decente y miraflores; pero Pisquito es cañoca y no cabrón: el cañoca vive con un pie en su casa y el otro en La Rica, sin decidirse por nada, como dice Oswaldo, lo único que le interesa, no es exprimir a ricos, sino gozar la vida fácil, poder salvar cualquier situación presente sin dejar de seguir siendo hijo de familia, porque es bueno: ovejita blanca que se

tiñe su lana de negro para no pasar de cojudo en el barrio, y la Pota, experiencia con cabrones conchesumadre, tiene miedo de enredarse, ya tú sabes, Magal, cómo son esos si les das confianza, hasta pueden comerte; y ya ninguno de los dos habla de alquilar departamento, y vieira, Profe, cómo Pisquito se siente capo por encima de sus patas, cuando la Pota en roca de cualquier punto con varias pamperas lo busca a medianoche por la esquina o el billar, y Pisquito se tira su pana al escoger al carreta que quiere para una buena noche chichera, y todo aquel que desee plan con pamperas tiene que buscarlo y Pisquito sobrado por tener tantos amigos; pero entre ellos, cuando no está Pisquito: a mí, jodido, estar con la Pota; ¿y los chibilines, cuñao?; ¿y qué tanto hablan?; si toditos somos iguales: IBM, computa en la mañana, computa en la tarde y computa en la noche; y no crea, Profe, la Pota que también saca provecho de la situación, cuando exhibe a su chiquillo decente y papacito por la puerta del Superba, La Rica, las boats de San Isidro o La Herradura, o cuando se lo lleva al Bote, en el Callao, y panera se los mete por los ojos a sus antiguas compañeras del Troca y alharaquenta saca celos a los cabrones que tuvo, y el remate de tanto castigo sucede, Profe, cuando la Pota de mañanita llega a su callejón de La Victoria en roca bacán de algún punto o pata: toca bocina; de purita cochinerita que es, y ya en la puerta de su casa grita: nos vemos más tarde por El Regatas; y las vecinas que se alborotan de ver tanto desarreglo con muchachos jipis, bien vestidos y blanquitos y la Pota que entra a su callejón abofeteando a las vecinas con sus nalgas, y Pisquito, cumbiando, allá por La

Rica, le dice: en mi casa estamos jodidos, mi viejo sin chamba y hay días que me la paso sin comer; y le enseña sus botines con tremendo hueco en la planta, y le confiesa que nunca ha querido tanto a una mujer, a lo mejor, le dice, me has hecho brujería, y la Pota que se ríe y que también le cuenta de su vida, pero hay que gozarla y de amanecida buscan en el pirobeo el olvido de todo, y ya de mañana, en La Herradura, frente al mar, que la Pota piensa en su Chino Carlos: una amiga del cuento nos dijo que lo había visto por Chimbóte viviendo con tres chiquillas, dice la Pota, junto un poco de molido y vuelo a buscarlo; pero la Pota tiene miedo de decirse que sabe cómo es el Chino Carlos: sólo con chicocas, y ella vieja y caderona, y se toma sin respirar una botella íntegra de cerveza, y a pico; en Chimbote volveré a tener mi pequeña familia, dice como saliendo del sueño; abre los ojos y contempla a Pisquito que ya está frente a la radiola, con la camisa roja abierta en el pecho, pantalón ajustado en los muslos y en casi abanico en los tobillos, despeinado, borracho, bailando una cumbia; y el ritmo es fuego que le entra al cuerpo y se le escapa en llamas retorcidas de serpiente que rompe maracas, candela, tambores, se agita en la cumbia, quemante, y el bar es carbón encendido en el centro mismo de la mañana frente al mar y la Pota que baila con él y grita: tú sí que eres pura vida, ¡PURA VIDA!; y sus cuerpos se retuercen en colores de cumbia y rompen maracas y tambores hasta cagarse de risa, usted, Profe, ya se imagina cómo es eso, ese ambiente, y le voy a leer lo que una noche el Poeta escribió en La Sevillana pensando en la Pota, escuche, el título dice así:

TESTIMONIO PARA ESCUCHAR A UNA MUJER ENTRE LAS HOJAS

saque su cuenta, leo:

*Entre los despojos de la tarde
nos hemos congregado para escucharte.
Aquí está tu mano. Tu corazón brilla
como un pedazo de estrella
mientras llueve y hay sol. Pero tu rostro
yace golpeado y algunas palabras del Manso
te lastiman. Palabras feroces
salen y se incrustan en tu mirada. Oímos
que te quejas. Te duele. El sol nos derrite.
Y somos piedras quejándonos.
Hemos germinado rápidamente y diez hombres—Carros
se estacionan frente a tu soledad. Y tú sientes
que vuelas: oyes la intensidad
del silencio. Sólo estamos escuchando.
Te estamos escuchando niña ardiente
con tu pasado de música: el bongó gira y*

[requetegira

*y tu sombra es un occiso entre la arena
y las botellas rotas. Un hombre—mosca ruge y tres
hombres—marihuana reptan como sonámbulos
castigados por el patadón de la furia.
Miles de círculos te persiguen. Nuestras manos
se descascaran y frustrados ahora sabemos
que no podremos asaltar la ciudad.
Otros empiezan el jaleo y el gringo Ronald tiene*

[jaqueca

*Otra vez los círculos. Una pantera coronada de luces
es absorbida por la mosca. Otra vez la anfetamina
como una fruta colgada de árboles obtusos.
Cálmate. Estamos aquí para escucharte.*

[El silencio

*también suele hacer ruido cuando llega.
Escucha. Ningún radar auscultará tus pasos.*

[Nada te duele.

*El dolor no existe. Somos más sabios que el agua.
Somos radiografías de círculos concéntricos.*

[Respiras.

*Ahora el Manso se desnuda. Todos nos
[desintegramos y el tiempo
es un desgraciado maldiciendo a todos los
[perros del mundo.*

*Volvemos a reintegrarnos.
Alguien viene y reparte pitos. Miriam Makeba
es mordida por la música de Satchmo.*

[Se intensifican los círculos.

*Te estamos escuchando. No hagas coito. Sé sabia
[y retén el espasmo.*

*Todavía no hemos nacido y la noche es virgen
y esos marineros franceses enseñan sus penes*

[tatuados. Espera.

*No destruyas los círculos. El silencio es un grito
guardado en medio de una luz naranja—violeta
que te empalaga el alma y los miltrescientos*

[discos muertos

de tu entendimiento. Respira.

Yo no entiendo mucho de poesía, pero me gusta, le contaba que Pisquito le saca molido a la Pota que luego lo rompe en billar, en trago o en ayudar a sus carretas, y nunca puede juntar ni medio para su ansiado cámara: esa plata, cuñao, con brujería se te quema rápido en las manos y si te compras ropa: se te rompe o la empeñas y ya te olvidas para siempre de ella, me dice, estoy jodido, como embrujado, primo, y se pone a chupar tres días seguiditos, y la verdad es que Pisquito a la Pota no la quiere y están que se pelean cada noche, pero se amistan: Pisquito por el molido y la Pota porque está enchuchada y además porque tiene miedo de volver con carbón, y cuando algún pata del barrio le dice a Pisquito: estás enamorado de la Pota, ya te jodiste, creo que te ha dado a tomar agüita de su calzón; Pisquito, panero: la Nely, cuñao, barca, alcancía, chancaca y ahí muere; pero la Pota no puede olvidar a Cucho y cada cierto tiempo lo deja a Pisquito para irse con su hermano; salud, Profe, otra vez ya me desvié del cuento, le decía que habíamos llegado a La Herradura: la neblina que venía del mar fregaba los bronquios y todavía estaba oscuro y marocas y cafíocas salían de los bares abrazados, y yo busca que busca a Revólver y al Chajuá: no hay nadie, le dije a Oswaldo que estaba fuera de El Mar, en la barra, tomando cerveza: habrá que esperar a la Vieja, me contestó; Miquey con sus ojos de ratita luqueaba a una rica y Pisquito con la cara abajo, amargo, Oswaldo le pasa la botella, Pisquito levanta la cabeza y por torcer el cuello a la izquierda hace caer la

botella, miro a la derecha: en la puerta de El Mar. chompa negra y pantalón negro ajustados al cuerpo, cadena dorada en la cintura y medallón de plata en el pecho, cara color de tierra, buena peluca y cuerpo de insecto, está que lo manya a Pisquito: esa rica, digo, y Miquey: si es cabro: Pisquito mira la espuma que corre por el suelo y pide otra cerveza, Oswaldo volteo: ¿quién?; en la puerta ya no hay nadie, Pisquito llena el vaso y su cara es atraída a la derecha: detrás de un auto, entre la neblina, la figura de negro, como una mosca, con disimulo mueve las manos llamándolo a Pisquito, y Oswaldo: es una loca, dice, y Pisquito: maroca, seca el vaso de un solo trago, me pasa la botella, las aletas de su nariz suben y bajan y entrecierra los ojos, la figura de negro ha desaparecido nuevamente, y yo: ni cabro ni rica: fantasma, digo, y Oswaldo: cierto, los fantasmas no tienen sexo; ahora la figura de negro se ha posado, como una cucaracha, debajo del letrero luminoso de El Mar: la luz verde y roja ilumina la cadena y el medallón y sus ojos están que llaman a Pisquito y Pisquito golpea con el taco el suelo, respira agitado, tomo cerveza y le paso la botella a Miquey: no; dice y se acerca a la figura de negro que al verlo venir quiere volar, pero está como clavada a la puerta; que será de la Vieja, dice Oswaldo; Miquey vuelve; ¿rica o cabro?, le pregunto; no sé, y dirigiéndose a Pisquito: dice que vayas; y Pisquito sube y baja los hombros, y en eso, Profe, que llega el Poeta con la Vieja: ¿Y Lelo?, pregunto; murió, dice la Vieja limpiándose con el pañuelo la sangre de su camisa, Pisquito con el taco golpea duro y seguido un auto, Miquey

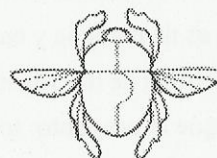
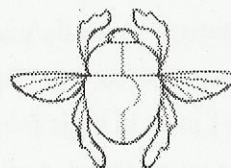
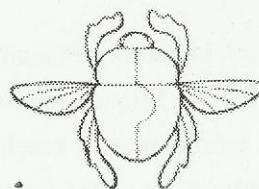
pestaña y baja la cara. Oswaldo se retira y se arrima a un poste, ya está amaneciendo, y yo, Profe, que comienzo a sentir un olor apestoso como de aserrín y pescado, la figura de negro aparece frente a la playa, y la Vieja: al sacarlo del auto le vino una hemorragia y en la puerta de la Asistencia murió; la figura de negro, como araña que camina sobre un hilo, va de la playa hacia la puerta de El Mar, y el Poeta: menos mal que esos giles llegaron con las ricas, habían sido militares, explicaron todo a los tombos; y la Vieja: si no son ellos, nos hacen la cana; y el Poeta: hablamos por teléfono con el hermano de Lelo; y la Vieja: una de las putas abortó; y Pisquito lo mira: no te asustes, cuñadito, la Magal, le dice el Poeta palmeándole el hombre, y Pisquito tuerce el cuello a la izquierda como atraído por un imán: la figura de negro, con una mano en la cintura, lo llama a Pisquito con la otra, y Pisquito: ya me está jodiendo mucho, creo que estoy salado, putas, cabros y carretas me creen una mierda y siempre me buscan para joderme, dice y se queda transpirando con las manos en los bolsillos, Oswaldo vuelve con el pañuelo en la boca; qué raro, le dice la Vieja, si tú nunca buitreas; y Oswaldo quitándose los anteojos: todo esto me da asco; Miquey apoyado en la ventanilla de un roca deportivo cuenta lo de Lelo a un cafioca; nos vamos, dice la Vieja, y subimos a su auto, Pisquito, hipnotizado, es atraído por la figura de negro: parece una mosca jalada por una araña hacia el centro de su tela; Pisquito, como un ángel con las alas quebradas, como dice el Poeta, pensando que nunca más podrá volar, se deja atrapar, sonámbulo, por la figura de

negro: ¿vienes?, lo llamó, y Pisquito, sin voltear, sin contestar nada, entra a El Mar, Miquey sube al auto de su amigo cafíoca; salud, Profe, terminemos la botella; y el roca de la Vieja a toda velocidad por las calles estrechas de Barranco, todo el auto huele a sangre y me da náuseas; aquí me quedo, dice Oswaldo al llegar a Larco, y la Vieja: te llevo a tu casa; gracias, me esperan en Lince; la Vieja frena, Oswaldo se despide, sale del auto y toma un colectivo; a mí y al Poeta, la Vieja nos dejó en la Pardo: ya es de mañana y caminamos por en medio de la avenida: esta neblina de mierda me da asma, me dice el Poeta tosiendo, y yo que le pregunto: total: eso de negro, ¿era cabro o rica?; y el Poeta reventando con el zapato semillas secas y bichos, con las manos en los bolsillos y carcajeándose, ¿sabe, Profe, qué me contestó?: es la parca, cuñao.

El calor de medio día, casi oscuro, aplasta la carretera. Autos y camiones, entre vaho ardiente de gasolina y asfalto, van y vienen raudos. El aire es una bola incandescente detenida sobre árboles y cerros que humean secos. El Uno en cuclillas, al filo de la pista, observa al escarabajo que, cerca de su bolita de excremento, con las antenas erguidas, espera a más de diez escarabajos que avanzan. El Otro, sentado sobre una piedra, sin camisa, descalzo, mira a los muchachos, semidesnudos, que juegan fútbol bajo el sol que los azota sin piedad. En el valle angosto y profundo, sólo se escucha ladridos y el tronar de vehículos. El Otro bosteza; y en el momento que levanta el pie para aplastar al escarabajo, un muchacho desvía la pelota hacia la carretera. El Otro, con el pie levantado, mira la trayectoria de la bola que viene a posarse al lado del escarabajo. Hileras de vapor, como agua de espejos, serpentean por las piernas de los muchachos que se han quedado paralizados entre las llamas del aire. Uno de los muchachos, despeinado, sucio de sudor y tierra, se acerca corriendo hacia la pista. Se detiene entre el Uno y el Otro. Saluda levantando la mano y al recoger la pelota aplasta con su pie descalzo al escarabajo. Los otros

insectos suben lentos hacia la bolita de excremento. Sobre la tierra, sólo una mancha oscura: estrella espesa reluciente bajo el sol.

La Cantuta, 26 de diciembre de 1969.



*Los poemas que aparecen en el texto son
de Manuel Morales.*

*La historia del escarabajo que cruza
una carretera empujando una bolita de
excremento me la contó Jorge Acuña,
«El Mimo», una noche cervecera en
el Bar Palermo.*

Gracias

OSWALDO REYNOSO